

gar incluso hasta ser santo, pudiendo a la vez ser un ignorante en ciencias como en letras, ya que santidad o virtud no es más que un estado moral, o bien es la manifestación de los llamados valores. En este caso están muchos, si no todos los santos de la iglesia: hombres buenos hasta pagar bien por mal, pero sin haber tenido ninguna ilustración fuera de la religiosa. ¿Podrá llamarse cultas a tales personas?

Entonces propuse:

—Pues permítame que trate de deslindar los campos sentando las definiciones respectivas, y decir que una persona culta será la que se imponga por su bondad e ilustración, y una santa sólo por su bondad. ¿He dicho mal?

—No, pero será más exacto si agrega que el culto puede a veces dejar de hacer el bien, en tanto el santo, no en ninguna circunstancia.

—En tal caso podemos comparar a un santo con las magnolias: perfumadas y sin espinas, pero silvestres, y al otro con las rosas delicadas de los jardines, que si son igualmente bellas y perfumadas, suelen además llevar espinas.

—Es una buena comparación. Pues bien —continuó—, en un vacío espiritual como el del mundo actual no puede haber verdadera cultura; y no habiendo cultura no habrá tampoco el concepto de belleza en su verdadera aceptación de armonía, sino que serán meras aproximaciones más o menos pasaderas. Y cuando falta además la educación o las disciplinas en general, como ocurre entre nuestros indios, no podrá menos que carecerse hasta de la menor idea de belleza, la que puede hasta ser confundida con la fealdad, o hay incapacidad par distinguir la una de la otra... Y pues que hemos terminado de comer —concluyó sonriente—, muchas gracias, señor ingeniero.

Y se puso de pie. Yo me levanté también, pero sin saber qué contestarle, sorprendido ante esas “muchas gracias” que me dirigía por primera vez, pues siempre antes me había dicho: “Provecho”. Y notando ella mi desconcierto, vino a explicarme inteligentemente:

—Creí que ya usted sabía que, además de “Provecho”, tenemos también la costumbre de dar las gracias al pri-

mer amigo o conocido que encontramos inmediatamente después de haber comido, sea éste compañero de mesa o no, acaso debido a que, al fin y al cabo, el hombre es imagen y semejanza de Dios, de modo que al agradecerse-lo a él se lo agradecemos a Dios mismo. Es lo que yo digo. Así como cuando se dice: "Dios se lo pague", que no es sino otra manera de expresar el propio agradecimiento. Y ahora me acuerdo —agregó solemne— del sermón de esta mañana que ya se me olvidaba contarle. ¡Fué tan raro!... Un sermón sin duda bueno como pieza oratoria, pero por lo demás... Nosotros que siempre hemos respetado y querido a nuestros prelados, nunca nos imaginamos que pudieran hacernos eso: casi una traición. Me voy a sentar para ver si puedo acordarme de las palabras precisas que empleó Monseñor, y poder repetírselo textualmente.

Ya sentada, se quedó un instante en silencio, haciendo memoria. Yo hice lo mismo, sentándome frente a ella y quedándome en espera de eso que presentía interesante. Pronto empezó:

"El sacerdote, que era además obispo auxiliar, dijo así desde el púlpito:

"Hermanos míos: Vamos antes a recordar el prefacio del Predicador Fray Jordán de Piamonte en un sermón de aquel domingo de Adviento para deciros que esta vez no queremos hablar como predicadores, ni lo que vamos a decir se tenga por sermón, ni se bautice por palabra de Dios, que no serán sino palabras nuestras, o palabras de un filósofo moral que tratara de enseñaros lo que os conviene hacer en orden al bien común. ¡Hermanos!: desde el fondo de vuestros corazones agradeced al Creador por haberos dejado no sólo hoy, sino en todos sus 365 días, santificando cada uno de ellos en el amor a Dios y en el amor al prójimo, si queréis que vuestros hijos o los hijos de vuestros hijos no regresen a la caverna, y tal vez al canibalismo. A Dios gracias, en nuestra Guatemala vamos ya en el buen camino, en el camino de Damasco que inmortalizó San Pablo: ya la apostasía ha cedido su paso a los fieles; la soberbia, a los humildes; y la oscuridad a la luz. Y ya vosotros tenéis un año nuevo, por-

que os habéis renovado vosotros mismos. Habéis sabido llamar a las puertas del Cielo, llenos de paciencia, fe, celo y constancia; y las puertas os fueron abiertas, cuando todo inducía a creer que estabais condenados al exterminio, cuando todas las probabilidades eran que seríais aniquilados por los soberbios. Pero vosotros erais humildes y mansos de corazón; erais, pues, el vivo templo de Dios, y, ya El lo dijo: Destruid este templo, y lo levantaré. Y el templo ha sido levantado. ¡Oh, hermanos míos!, la fe os ha salvado, y nada hay imposible para la fe. Pero los incrédulos tenían una venda en los ojos. Nada de esto querían creer los hombres de ayer, de aquellos días del Anticristo, cuando nadie creía en el alma, cuando nadie creía en la conciencia, cuando nadie creía en Dios, y hacían hasta escarnio de los altos Prelados. Y, empecinados en seguir llevando tal venda, nunca pudieron leer el Mane, thecel, phares, que ya era tan visible en las paredes de sus mansiones, siendo entonces sorprendidos por el infalible cumplimiento de la profecía de N. S. Jesucristo, porque el cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán. Y fueron sorprendidos haciendo obra impía; tomando lo que no habían puesto, segando lo que no habían sembrado, y deseosos de tener siempre un Feliz Año Nuevo, como si los rosales dieran rosas sin regarlos. Un Feliz Año Nuevo, confiando en la prodigalidad ajena mientras negaban la propia. Un Feliz Año Nuevo, soñando en comer las manzanas de oro que no habían sembrado, ni arado, ni siquiera limpiado el campo... Hombres incrédulos: ¿qué buscabais en el futuro? ¿qué pedíais a los años? ¿qué reclamáis al cielo? Nadie os podía dar lo que no disteis. Lo que sembrabais debíais cosechar. Y de ello no culpéis al cielo, ni al tiempo, ni a los demás hombres, que todos los hechos humanos son eslabones de una misma cadena: el pasado prepara el porvenir. La culpa, pues, ha sido vuestra, exclusivamente vuestra, que en vez de caminar hacia arriba con el corazón a flor de labio, preferisteis la rapiña y demás violencias, rodando hacia abajo, hacia el pantano, por creer que costaba menos. Y dedicabais todas vuestras energías y mejores esfuerzos en el logro de una vida fácil, cómoda y cada vez más volup-

tuosa, queriendo olvidar que no es por ésta por la que os debéis sacrificar, sino por la otra vida, que es la que realmente cuenta en el platillo de la balanza. De ahí que entre más cómoda quisisteis hacer aquélla, más difícil y dolorosa os resultaba; entre más deleitosa, más abominable y deletérea. Y ahora tembláis por lo que habéis cosechado, os asustáis de vuestros propios frutos y gritáis, cuando el cielo se os vino abajo: "¡Dios es injusto!"... ¡Blasfemos! Si sembrasteis simiente de dragón, ¿qué otra cosa podíais cosechar que dragones? ¿Qué méritos teníais para que los cardos que plantasteis se mudasen en manzanos? ¡Insensatos! ¿Acaso pudisteis nunca decir a nadie: "Ven, pues, atrévete si puedes, que ambos tendremos un día que comparecer ante un mismo juez"?... Entonces, no os asustéis de las cosas: espantáos de vosotros mismos por haberos alejado cada vez más, en el tiempo y el espacio, de la cruz de Jerusalén y de las palabras divinas del Hijo del Hombre clavado en esa cruz. A dos mil años de aquel día —y desde mucho antes—, era la razón, no el corazón, la que se imponía; era la lógica, no el sentimiento, la que imperaba, y, antes que todo y que todos, el YO materialista de cada uno de vosotros. Y así queríais alcanzar la felicidad y ser felices. ¡Un sueño! Tenía que ser un sueño. Soñabais, pues, pero "los sueños de la razón producen monstruos". Y esa era vuestra vida: monstruosa, y habéis despertado también monstruosamente. ¿Seguiréis culpando al cielo por vuestro crujir de dientes? ¿Seguiréis incriminando al tiempo a los demás hombres por lo que os pasa? ¿Tan pronto olvidasteis que con la medida que medís os medirán otros? ¿Aprenderéis al fin a espantaros de vosotros mismos?... Pero no olvido que vosotros sois también mis hermanos. Por eso, os ruego ahora que no culpéis a nadie, que el pecado ha sido vuestro y mío. (Y continuó con las palabras del poeta místico:) "El corazón de Dios venía ardiendo durante siglos de cobardía de los débiles, de arrogancia de los fuertes, de codicias de la onrada prosperidad, de rencor de los dañados, de orgullo de razas, de insultos al hombre. Y la paz divina ha estallado al fin en tormenta... Cese, pues, vuestro vocerío de condenación de los otros, de alabanza vuestra. Y en cal-

ma, con la oración callada en vuestras frentes, navegad hacia lo Inmortal". Y en Romanos se lee: La noche ha pasado, y ha llegado el día: echemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de luz... Sólo me queda el aconsejaros, hermanos míos, que aún no es tarde para volver a los brazos de esa cruz de Jerusalén, con la humildad y el amor del que fué en ella crucificado. Sólo así, os aseguro, ya no tendréis más caídas como ésta..."

Y se interrumpió ella misma para decirme:

—¿Se fija usted? El quería referirse a los ladinos, y a ellos les echaba toda la culpa. Pero eso es injusto, tanto que algunas damas ladinas que allí habían se pusieron a llorar. Y por poco yo hago lo mismo. ¿Qué hubieron ladinos malos? Serían unos pocos, y, en cambio, los indios fueron siempre peores, y sin excepción, como asimismo lo juzgaban hasta los mismos religiosos. ¿Cómo es que ahora van del brazo con ellos? Porque, dirigiéndose a ellos, les dijo:

"Y vosotros, hombres nuevos, renovados en el espíritu, rescatados por la misma Conciencia Universal: miraos en todos los espejos y medita en los pecados de ellos y los vuestros. Que el poder que habéis alcanzado con la gracia de Dios, no corrompa las conciencias y redunde en vuestro daño. Que las riquezas materiales de que ahora sois dueños, no sean para quebrantar virtudes y vosotros seáis quebrantados. Que la gran altura que habéis escalado no os lleve a creeros más que otros, y dándoos vértigo, tengáis que caer como han caído tantos. Estad atentos, pues, y trabajad. Y trabajad sin dejar de pensar en Dios. "A Dios rogando y con el mazo dando". Sólo así tendréis un trabajo ennoblecedor, y una oración honrada..."

Y se quedó al fin callada, mirando el mantel con unos ojos sumamente tristes. Mis pensamientos volvieron atrás al acordarme del presidente indio, de aquellas sus palabras llenas de amor para todos los hombres, y él mismo saturado de tan nobles intenciones, propias de un santo. A no dudar, esto es lo que sabe el clero, y le ha dado por eso todo su apoyo. Pero ¿no habrán visto estos religiosos las ruinas y despojos, expropiaciones y requisiciones que por

otros lados han causado aquéllos? Y no se han ocultado para hacerlo, que las dinamitas no explotan en silencio, ni las lamentaciones ladinas resuenan menos por todo el orbe. ¿Que no querrán ver aquellos crímenes ni escuchar estos lamentos? ¿Es que nada de esto en los indios es pecado? ¿O hay algo más que los ministros de Cristo aprecian y que se encubre a mis ojos? ¿Pero qué podrá ser, qué?...

—¡Señor Johnson! —casi me gritó, ya en pie y con los platos listos para llevárselos a la cocina—. Le estoy diciendo que si esa música del radio no le gusta, puede buscarse otra. Pero usted ni me oye...

—¡Perdón, señora! No le había oído... Muchas gracias. Con gusto buscaré mejor música, algo que sea más del agrado suyo que mío.

Ella se alejó riendo. A lo mejor habrá pensado que soy un chiflado. Y tal vez tenga razón...

Me acerqué, pues, al radio y, haciendo girar lentamente el dial, fui de una a otra estación buscando algo bueno, cuando de pronto sintonicé la voz de un locutor que decía: "En el aire la Voz de la Nueva Guatemala. Están ustedes asistiendo a la inauguración de la primera emisora nacional de los nuevos tiempos. Les habla Antonio Ox-laj Saquicol, radiofonista de esta emisora, desde la terraza del Palacio Nacional adonde nos hemos trasladado con motivo de esta inauguración. Para todos muy buenos días. Antes de dar principio a nuestro programa de música folklórica, me cabe el honor de anunciarles que dentro de breves minutos el señor Presidente de la Primera República de Guatemala dará a ustedes su saludo de Año Nuevo".

Mientras traducía sus palabras a otras lenguas, me dí prisa en llamar a la señora, la que acudió presto y sorprendida de que ya tuviesen radioemisora los indios. Poco después reconocí la voz pausada y grave del presidente, que decía:

"Guatemaltecos: En este primer día del año 2000, os saludo en nombre del gobierno que presido, formulando votos por vuestra ventura que, bien sabéis, en gran parte dependerá de vosotros mismos.

“Conciudadanos: Os invito a mirar al porvenir confiados en que florece aquí en la tierra de nuestros mayores, bajo el numen tutelar de las Padres de América, y por primera vez en medio milenio, la Democracia y la Libertad, piedra angular de la unión nacional. Al formularos este voto de ventura y felicidad, pueblo mártir y heroico, os exhorto a proseguir con diligencia y altos ideales en el cumplimiento de vuestro deber para con la patria, esto es, para con vosotros mismos.

“Reciban los integrantes de las fuerzas armadas nacionales y todos los funcionarios y empleados que comparan con nosotros la delicada tarea que nos habéis impuesto, en este día de regocijo para todos los guatemaltecos, mi palabra de gratitud por el austero ejemplo de eficiencia y dignidad que ofrecísteis en los días difíciles, conquistados ya por la fuerza de la opinión pública en una lid justa, pacífica y dignificante.

“Guatemaltecos: La patria espera que sabréis depone pasiones y prejuicios, y amaros unos a otros en cumplimiento de vuestro deber, con la ayuda de Dios Todopoderoso; y Sus bendiciones sean para vosotros, y para todos los hombres de buena voluntad. Vuestro servidor el presidente, os ha hablado”.

Como es costumbre, su saludo fué después traducido a todas las lenguas indígenas, terminando con la ejecución del himno nacional por un cuerpo de marimbas. La señora se limitó a comentar:

—Siempre lo mismo: palabras, palabras, palabras...

Pero cuando el perifoneador anunció, como primer número del programa de música chapina, el son llamado El Torito, cantado por el cantante nacional Claudio Canastuj Sacajalvé, con letra del poeta —¿hará falta decir que es también nacional?— Simón Tumax Pú, ella se retiró, excusándose:

—Dispense, pero son ya las doce y no he hecho aún el almuerzo.

Yo cambié la estación y me vine a escribir esta página.

Enero 2

Lunes.

Hora: 08.30.

Con la mayor contrariedad, he tenido que decidirme a ir en estos momentos en busca de unas buenas pantuflas que rediman mis pies, porque ya éstos llegaron al límite de su pedestriana resistencia, y amenazan entrar en huelga que sería de pies caídos. Y aunque, juzgando por la merma de sus ruidos, las calles parecen haberse despejado a modo de hacer menos difícil el ir de tienda en tienda, sin embargo, diera cualquier cosa por evitarme tal molestia de salir, hasta poder afirmar que si el marido de la señora hubiese dejado las suyas por alguna parte, me las pondría sin reparos; pero, al parecer, este señor se llevó hasta los chanclos.

Cuando supo ella de mi determinación, frunció el entrecejo; mas al explicarle los poderosos motivos que me inducían, su expresión de extrañeza se tornó en una de compasión... ¡Pobre de mí, que voy de nuevo a abismarme en ese mar de indios!

Hora: 15.00.

Al que nada tiene le cuesta mucho empezar a tener, cuando no se le quita hasta lo poco que tiene; mas si ya tiene algo, se le sigue dando más y más hasta agobiarlo. Esta verdad, que bien podríamos catalogar entre los proverbios, tuvo plena confirmación esta mañana al haber tenido yo otro encuentro feliz, tan feliz que restó brillos a otra gran noticia o noticiazo que recibí poco después.

Despacio y cojeando ligeramente, iba por la calle, las que, con pocas excepciones, casi presentaban su aspecto normal. Las marimbas, que en esta hora de resaca sonaban a cántaros rotos, eran bien escasas, si bien las

que quedaban conservaban aún sus coros de bailadores, reducidos en cantidad y al silencio después de tanto gritar. Rara vez tuve que detenerme o cambiar de acera para evitarme choques o machucones que me habrían sido mortales; mas frecuentemente estos cambios los hacía para huir de las polvaredas que levantaban cientos de animosas escobas ocupadas en barrer y recoger en grandes montones la basura en que abundaban calles y plazas, la que luego era llevada en carretillas de mano a botar a parajes ignotos, haciendo esperar que pronto aquéllas estarían limpias. Antes debo anotar que el servicio de autobuses todavía sigue interrumpido, habiendo podido ver apenas unos cuantos automóviles que caminaban siempre oscilando y con más remiendos que los pantalones de los indios del siglo pasado, (porque los del presente los llevan nuevos y flamantes). No obstante, han restablecido los transportes a través de las carreteras, ajustando hasta con jeeps, aunque parece que sigue siendo preferible atenerse exclusivamente a los pies para no tenerse que pagar pasaje y llegarse de todos modos pedestremente, porque estos carros se van quedando en el camino: unos por fallas del motor y otros por embarrancarse, fallas en este caso del chofer.

Cuando hube alcanzado la plaza de la Primera República, sentí una impresión extraña al volver a pasar bajo ese arco, quieto y apagado ahora pero brillante al sol como pupila abierta de un gigante dormido. Mentalmente me ví otra vez en aquella augusta noche de la bendición, previo a la turbulenta agitación que estalló después; y, aunque hoy también había bastante gente, pues el tránsito de peatones desde los parques hacia el sur es siempre grande, se veía desierta en comparación con la concurrencia de la otra noche. Pero si es cierto que ese tránsito en esa parte de la sexta es tan grande como en otros tiempos, fácil es ver que este no es el desfile elegante y aristócrata de entonces, sino el modesto aunque de vivos colores de la plebe. Mas ¿quién podrá negar que entre ellos no se cuentan aristócratas también? Pues muchos caminan con la frente en alto como el que lleva ya la sangre teñida de añil, no importa que el cuerpo al caminar continúe echa-

do hacia adelante. (¿Cómo olvidar de un día a otro el peso que eternamente se llevó auestas?)

La avenida, que además conserva su antiguas vitrinas y viejos avisos, exhibe al lado de éstos otros dos nuevos y frescos, y "escritos" en caracteres mayores y más elocuentes que ninguno, pese al aspecto confuso que presentan, y son: dos grandes vacíos, claros o lunares, o quizás más propiamente verrugas, en los lugares donde hasta ayer se levantaban ufanos dos imponentes edificios que ya pertenecen a la historia. Y dí gracias que al menos hay tiendas todavía, las que una a una fuí recorriendo en pos de las ansiadas pantuflas. En algunas era recibido por indios de sandalias, por cierto bastante corteses, y en otras por ladinos que, de pronto, perdido el miedo y la vergüenza, se mostraban hablando dialectos regionales con admirable fluidez. Pero todas estas tiendas exhibían, también sin pena, sus esqueletos —la estantería— casi al desnudo, vacías en gran parte de mercaderías, hasta hacerse inútil la lista de precios que en los lugares más destacados habían puesto de orden del gobierno para defender al pueblo contra los agiotistas, en contraste con la gran cantidad de parroquianos que en ellas había. Mas en ninguna parte logré hallar lo que buscaba porque los indios, me contaron, habían preferido esta cómoda clase de zapatos. Todavía esperanzado, seguí buscando en las tiendas de la avenida séptima y hasta en las de la octava, con el mismo negativo resultado. Y adverso me fué hasta el Palacio de Comunicaciones adonde llegué deseoso de comunicarme con mis jefes, por seguir todavía, si no cerrado, de fiesta, que es igual, con las marimbas retozando en los corredores y pasillos; y aunque algunos empleados ocupaban sus sitios de costumbre, estaban sólo para dar curso a los mensajes oficiales. El público, pues, debía seguir aguardando, aunque de impaciencia reviente.

Decepción tal vez mayor sufrí al llegar al banco de Londres, que continúa cerrado. El que encontré abierto era el Nacional, que estaba además atestado de gente tan caprichosamente reunida que daba a aquél la apariencia de una fantástica vianda de fiambre. Se trataba de una abigarrada multitud de indios, ladinos y extranjeros que

hablaban tan distintas y extrañas lenguas que me da la sensación de hallarme en un puerto como Port Saig. Y la gravedad de los últimos, que venían a tomar sus fondos para salir del país, adquiría tintes casi de tragedia al lado de la alegría de los primeros que llegaban a hacer depósitos y abrir cuentas corrientes por primera vez. Fué allí donde al fin pude ver un pelotón de policías guardando el orden y tratando de evitar los escamoteos, impecablemente uniformados, si bien, por la enorme aglomeración de gente, su misión resultaba difícil de cumplir o no pasaban de la intención, como lo atestiguaban las continuas denuncias de pérdidas de billeteras, de estilográficas o de carteras de señoras cuyo paradero quedábase casi siempre en el misterio, principalmente a causa de la inexperiencia de estos nuevos agentes, pese a los registros que tras de cada queja se apresuraban a practicar en aquellos que creían sospechosos.

A un extranjero de aquellos por cuya tarjeta de turismo pude ver que se encontraba ya listo para salir, le dije sin poderme contener:

—Dichoso usted que se va. Yo aún debo seguir esperando.

—¿Por qué? —me preguntó—. ¿No ha hallado en qué irse?

—Algo peor todavía, pues mis fondos se han quedado fuera de mi alcance por haberlos depositado en el banco de Londres, que sigue cerrado.

—Pero eso no es obstáculo —me eplicó él—, porque en este mismo banco (se refería al Nacional) puede obtener su dinero con un pequeño redescuento, al endosarle usted la suma que tiene depositada en cualquiera de los otros bancos de la ciudad.

La idea era excelente y el procedimiento sencillo, pero yo no podía hacer nada parecido porque también había descubierto que los comprobantes de mi depósito quedaron perdidos en mi precipitada salida del ex-Gran Hotel. Menos mal que me encuentro bien asilado. Lo nada llevadero resultaban ser mis pies, que se iban resintiendo de modo alarmante. Y como alguien me aconsejara que en los mercados era posible hallar sandalias aunque fuesen de

o crudo, me dirigí al Central que era el que me quedaba más cerca.

Me llamó en éste la atención, apenas llegué, ver que también aquí había un "nuevo orden" sustituyendo al viejo, pues se había invertido la proporción entre indias y ladinas, habiendo ahora más de éstas que de aquéllas comprando, y más ladinas que indias vendiendo, sin poderse alcanzar así de pronto la razón de tal inversión.

Mas, como en las tiendas antes visitadas, había igualmente escasez de todo, salvo de parroquianos y de ruidos. De ahí que tampoco hallé a ningún precio lo que buscaba, aparte las que un indio marchante bien intencionado me ofrecía baratas por no haberlas podido él mismo aguantar. Y, al rechazarlas, me dí por vencido, resignándome a caminar a gatas cuando la hora acabase de llegar. ¡Qué lejos estaba de creer que la hora había llegado ya, mas no para gatear, sino para cantar victoria con unas pantuflas nuevas y de regalo! Victoria tanto más completa cuanto que adquirí también, con la disolución de mis viejas nieblas, la tranquilidad espiritual de que hoy gozo.

Pues acababa de dejar el mercado y, más despacio que al principio, cojeando más y no menos arrepentido de haber salido de casa para nada, había empezado a desandar lo andado cuando, llegado a la esquina, vi venir al primer carro de marcha regular: avanzaba en línea recta y a su derecha. A buen seguro —me dije, deteniéndome a mirar y a tomar algún descanso— este que conduce debe ser ladino, pues si es verdad que los indios han hecho ya algún progreso en el arte de manejar a costa de los mismos vehículos y de no pocas vidas, empero siguen timoneando como ambidextros. Pero ¡qué ladino —me seguí diciendo— será tan simple de sacar su carro, si todavía lo tiene, para pasearse aquí y no para escaparse?... Y éste fué el encontronazo del siglo porque, al acortarse la distancia, mis ojos, que los tenía fijados en el del volante, reconocieron en éste a mi íntimo amigo de Valois, quien, al verme, oprimió los frenos y abandonó el carro para venir a darme un entrañable abrazo con la misma efusión que me animaba a mí, mientras me soltaba la andanada de preguntas que suele soltarse en los casos de "Perdido

y Encontrado”, con tal presteza y calor que me ponía en apuros para contestárselas una a una. Después me hizo entrar en su automóvil y, pasando por entre grupos de bailantes que en ciertos momentos le hacían detener la marcha, me llevó a su domicilio. Sin embargo, él no mostró disgusto ni impaciencia por aquellos paros a veces prolongados que los indios nos causaron, antes bien sonreía y saludaba a los de uno y otro lado, como viejos amigos, a pesar de poder ver que todos le eran desconocidos. En una de estas paradas me dijo:

—Fíjate en el tintineo que en esas mujeres les produce el choque de sus largos aretes con sus gruesos collares, y nota su semejanza con el de las hindúes producido igualmente con sus joyas, sonido que a ellas les sirve para anunciar su aproximación o proclamar su presencia, mientras que en estas maxeñas es para recordarles que la palabra es privilegio del hombre, debiendo ellas sólo escuchar. Es por eso —concluyó riendo— que entre ellos no se ven esas bravuras de tirarse los platos a la cabeza tan frecuentes entre los civilizados.

Yo le iba a decir que eso es verdad pero debido a que, primero, no tienen platos que tirarse, y segundo, que sólo ella es la que aguanta los palos; pero ya habíamos llegado, haciéndome en seguida pasar a su elegante gabinete en el que descollaba, al lado de unos cuadros históricos, el mapa de Guatemala. Ya en sendas butacas, el empezó a decirme:

—Me parece mentira que estés aquí. No sabes cuánto he temido por ti. Temía que te hubieras ido del país mal impresionado por las apariencias.

—Si aún me encuentro aquí —le contesté— es por falta de transporte, no por voluntad mía. Y tú no te sentirás tan alegre cuando sepas las penas que he llevado en este grandísimo infierno.

Inesperadamente se echó a reír.

—Esas son las apariencias a que me refiero —dijo—. Debes saber que aquí estamos en presencia de un acontecimiento, o, más exactamente, de una conmoción histórica de aspecto, fíjate bien, de aspecto desordenado y hasta cruel, si tú quieres, pero cuya íntima esencia muchos

como tú aún no han logrado conocer y apreciar por no haberse puesto escafandras y buceado en el fondo.

Yo salté a responderle:

—Te equivocas, viejo, en cuanto a mí, porque yo viví intensamente, más allá del fondo si es posible, esos días crueles que tú mencionas. Y poco exagero al decirte que a ellos debo el que hoy me sienta casi como anciano.

El sonrió y dijo:

—Ya vas a decirme que el bordón lo dejaste tras de la puerta. —Y en serio—: No, mon chère amie: ni tú estás más viejo, ni esos días han sido tan crueles como supones. —Y antes que yo pudiera protestar, agregó—: Escucha: voy a explicarme con alguna extensión.

Entre sorprendido y desconcertado, me quedé en espera de lo que pudiera decirme en descargo de tanto horror que había visto y de tanta injusticia cometida hasta conmigo mismo, pensando a la vez si esta conmoción de que él hablaba la había sufrido no sólo la historia, sino también y quizá en mayor grado su cerebro, desequilibrándolo. Sin embargo, bien presente tenía las incógnitas o enigmas que en mi espíritu subsistían irresolutos por falta de un completo análisis, el que no había podido realizar pese a todos mis esfuerzos en tal sentido; pero nunca me imaginé que él era el sociólogo imparcial que estaba necesitando para encontrar la solución de todo eso y obtener la clave para llegar a la verdad chapina, o sea a eso que hizo al clero reprender a los ladinos e inclinarse al lado opuesto. Y pendiente me quedé de su discurso, que siguió así:

—Lo que tú y yo hemos visto aquí no ha sido otra cosa que una Revolución, pero Revolución con mayúscula, que hizo sustituir por otros nuevos y superiores los viejos procedimientos y viciadas instituciones que imperaban, pudiéndosela considerar ligada de una manera especial a nuestra Revolución del 89 a la que se parece tanto como una gota de agua a otra, exceptuando la parte de guillotinas, masacres y persecuciones que aquí no las hubo, ni la fase del Terror, ni la diosa de la Razón, ni habrá tampoco —me atrevo a asegurar desde ahora— el 18 de brumario, mereciendo por todo ello y con más propiedad ser llamada “maravilla del Universo, le tour de force”, dado

que su objeto es igualmente el de liquidar la arbitrariedad, la injusticia, las desigualdades, y, por último, las miserias, e instaurar por primera vez en el país los Derechos del Hombre. ¿Te sorprende oír esto?

Ciertamente que mi sorpresa iba en aumento, y ya sin mezcla de otra cosa. ¡La verdad, pues, se contraía a eso! Costaba admitirlo, aunque cada vez costaba menos, porque habiendo hablado de los Derechos del Hombre, barruntaba que me llevaba en buen camino, pues hallaba puntos de contacto entre su pensamiento y el mío, si bien no podía precisar esos puntos. Y sin decirle nada, me le quedé mirando.

El prosiguió:

—Ignoro si tú sabes que los indígenas habían vivido hasta aquí sacrificados en aras de una grandeza ficticia, con el sentimiento y convicción de saberse despojados de todo, incluso y en primer término de su dignidad de hombres, al tiempo que eran inicuaamente explotados no sólo por los señores de feudo o los que tenían tal régimen en sus fincas y haciendas, sino también hasta por el último que por no vestir el traje típico se llamaba ladino. Y ¿sabes cuánto duraba ya este escalofriante sacrificio? ¡Cinco siglos! Fíjate bien: medio milenio bajo una opresión despiadada, viviendo en un estado de guerra perpetuo que el ladino le había declarado y se la seguía declarando eternamente. ¿Debía continuar siempre tal estado de cosas? ¿No habían de cerrar jamás ese templo de Jano? Tú sabes que el mundo ha entrado ya en la época diurna de la historia. ¿Podía vivir Guatemala eternizada en la nocturna y cada vez con menos luz? Desde la revolución rusa que dispersó a sus propios esclavistas, el mundo es ya democrático, con la sola excepción de este país que era como un lunar en la nivea faz de las naciones. Pero sin democracia, ¿qué civilización es posible? Y al decir civilización no quiero aludir a su parte material o de las comodidades que, con todo y ser la menos importante, se carecía también de ella en este país; sino que aludo a su concepto moral y filosófico de justicia y lealtad para todos y con todos. Y tal carencia repercutía en el mundo, el cual no podía menos que resentirse puesto que en tanto subsista un pue-

blo sin democracia, subsistirá el peligro de guerras dentro y fuera de ese país. Desgraciadamente, nada podían hacer los demás, porque eran los tiempos estúpidos de no inmiscuirse en la política interna de los otros países, como si esclavizar fuese política, y como si los hombres de adentro fuesen distintos a los de afuera, para merecer aquéllos tal esclavitud. ¿Que los pueblos se dan los gobiernos que se merecen? Así es, pero cuando se trata de pueblos conscientes; cuando no, hay que ir en su ayuda. Decía, pues, que la situación de este país era *suigeneris*; y, desde mi llegada acá como cónsul, me dí al estudio de su *modus vivendi* en todas sus manifestaciones, como tú sabes que hago en donde quiera que radico; y lo que observé como hombre en lo que se refiere a sus aspectos social, económico y político —no racial, que étnicamente todo el pueblo es una sola y misma cosa —me dió miedo y a la vez vergüenza. Y conste que no era necesario mucho estudio para adquirir tal conocimiento, que este estado de cosas no se ocultaba ni nadie tampoco trataba de ocultarlo— ¿cómo poder ocultar un elefante?—, pues éste era como un pedazo de la antigua India o de la vieja China trasplantado al occidente, en el más absurdo de los anacronismos y el más afrentoso de los hechos. Porque no sólo dejaban a esos inditos abandonados a su suerte y embutidos en su miseria, como quien deja podrir el estiércol en el estercolero, sino algo más y algo peor: los exprimían como a naranjas; es decir, les daban vida de animales, y se servían de ellos de igual modo. De ahí que ese *modus vivendi* nos salía al encuentro y se nos entraba hasta en el aire que respirábamos, en el que flotaba uno como quejido sordo, como lamento sangrante que descendía de las montañas y collados, se recrudecía en las fincas y en las ciudades estallaba en punzantes sollozos; estertores que ni todo el ruido de los jazz-bands, ni el fragor de los tráficos lograba apagar, porque cuando no eran percibidos por el sentido físico del oído, eran sentidos en la parte más sensible del hombre como espinas clavadas en el corazón.

“Y espero que no vengas con aquello de “lo que no has de comer déjalo cocer”, o bien “agua que no has de beber

déjala correr”, que la conciencia, dentro de la familia humana, no pide permiso para sentir y hablar. Imposible era a un hombre civilizado mirar con indiferencia tanta iniquidad que unos pocos ejercían sobre los más, escudados en la ignorancia de éstos, ignorancia que trataron de mantener por todos los medios y en decurso de siglos. En más de una ocasión, la sola vista de aquellos infelices que pasaban arrastrando callados sus infames cadenas, me hacía estremecer; y si podía contener el sollozo que subía a mi garganta, no me ocurría lo mismo con las lágrimas que se derramaban solas. Pero ellos, los privilegiados y los hijos de esos privilegiados, se habían hecho insensibles o ataráxicos, mirando como cosa natural, como algo que no podía ser de otro modo, la agonía miserable de aquellos que, según ellos, no sentían por estar ya habituados a la inclemencia del tiempo, la intemperie moral y material, y a la también inclemente explotación que ellos mismos les hacían sufrir, como si alguien pudiese acostumbrarse a estas cosas. Pero los señoritos se sentían contentos y hasta felices metidos hasta el cuello en la manigua maloliente de la indiada ignorante y expoliada, sólo porque podían aspirar un frasco de perfume. Simultáneamente —porque éste era el país de los contrasentidos—, celebraban con pompa creciente cada aniversario de la independencia patria, y se hacía ostentación incluso del fuego de la Libertad, estando parados sobre las cadenas que sofocaban al pueblo, y a sabiendas —porque ellos bien que lo sabían— que el concepto de libertad descansa en dos cimientos: en la dignidad del hombre como persona y en la soberanía de la nación como Estado. Ciega incoherencia de un régimen gris que llamaban blanco, tanto más gris cuanto que en ese “indio” están condensados el campo chapín, las tierras aradas, la música folklórica de sus xilórganos, las épocas heroicas, la sumisión resignada, la cultura de sus pirámides y el orgullo de una raza, porque él es el labrador de la vida nacional y el alimento de esa vida; él es, en una palabra, corazón y alma de la patria y el símbolo de la nación entera, pese a la aparente heterogeneidad causada por la veintena de lenguas que se hablan en este suelo —quiché, cakchiquel, tzutujil, mam, po-

komán central, pokomán oriental, aguacateca, poconchí, ixil, quekchí, lacandón chol, lacandón maya, chuj, jacalteca, kanjabal, uspanteca, chortí, además de caribe y español (este último apenas hablado por la mitad de la población) —con sus correspondientes culturas o, mejor, costumbres, prácticas religiosas, vestuario y conducta social, pero que no obstante, el dolor común de la opresión y la miseria les hizo perder todo celo o rivalidad entre esas tribus para ser durante siglos una sola masa sufrida y resignada, y ahora una sola familia libre y feliz.

“Me imagino que tú, como buen observador, pudiste comprobar siquiera en parte la exactitud de estos asertos, dado que a tu llegada todavía eran esclavos, al no hacer falta lentes para mirarlo. Tú mismo, recuerdo, me preguntaste la primer noche que nos encontramos, qué opinaba yo sobre este modus vivendi; y sentí mucha pena no haberte podido decir nada entonces, porque aquel lugar —una cantina— no era propio para ello. Pero tu pregunta acusaba en ti cierto conocimiento. ¿Qué sabías entonces?

—Poca cosa —le respondí—. Tal vez nada, o tal vez más corazonada que razonamiento. Después, y aunque no tuve ocasión de ver hechos de aquellos que llaman desencadenantes, pude, en cambio, recabar opiniones al respecto en todos los estratos sociales, opiniones que fueron tan encontradas unas con otras y con los hechos consecuentes que lograba presenciar, que más bien me confundieron, al extremo de llegar al convencimiento de que era incapaz de pronunciarme lógicamente toda vez que, como te dije, los conocimientos mismos, por ser incompletos, me habían nublado el raciocinio. Pero puedo decirte que hacia el punto de vista que sustentas era al que yo más me inclinaba, a despecho de aquel nublado que, creo comprender ahora, obedecía a mis sensaciones corporales.

—Eso mismo —me confirmó—. Te estabas dejando guiar por el juicio equívoco de tus impresiones, llenándote por ende de prejuicios que necesariamente debían ser de naturaleza semejante a los que abrigaban los ladinos, a causa de esas penas que experimentabas; penas que fueron también naturales, como que todos las tuvimos, lo mismo que esa tendencia interna que sentías hacia los del

nuevo régimen. Por todo esto te decía que de haberte ido en tales días hubieras quedado mal impresionado quién sabe por cuánto tiempo, y pensando como pensaron siempre los señoritos quienes nunca quisieron comprender que los otros eran igualmente hombres, perfectamente capaces de evolucionar con apropiados métodos, y que una vez lograda tal evolución con su cortejo obligado de crecimiento cultural y expansión espiritual, debía lógica e ineludiblemente despertar en ellos la divina ambición que, con evolución o sin ella, con cultura o sin cultura, todo el poder del capitalismo podía aplazar, mas nunca anular, como nadie puede evitar que las yemas del árbol broten hacia arriba. Pues el haber vivido pacíficos toda la vida no quería decir que seguirían siéndolo hasta la consumación del mundo. En esa vida, de no ser arrancada, algún día habían de madurar las uvas. Recuerda que los hindúes tuvieron igual fama de pacíficos e idéntica conducta fatalista, tanto que se decía que, dejados a sí mismos, la última cosa en que pensarían sería en rebelarse. Sin embargo, los hemos visto luchar como un solo hombre hasta expulsar a los ingleses y emanciparse ellos mismos, como se emancipó toda el Asia, que ya es para los asiáticos. Pero en este terruño lo que hacía falta no eran emancipaciones, siempre difíciles de lograr, sino algo mucho más fácil, y era: colaboración mutua a base de entendimiento. Que si los ingleses consiguieron la amistad y colaboración de los mismos salvajes del Africa del Sur, enemigos suyos por tradición, hasta hacer que sus brujos y hechiceros les dieran sus plantas milagrosas y sus sistemas de curaciones que hasta ayer habían guardado en sagrado secreto, para que el blanco hiciese los análisis científicos del caso y se sirviese de ellos a su conveniencia, ¿cuánto más habrían conseguido los ladinos de estos indígenas, que ni eran salvajes ni enemigos verdaderos de nadie?

Se puso de pie para continuar con igual énfasis y energía que la empleada en aquella posada por el exfinquero del látigo con empuñadura de oro:

—Pero nuestros señoritos, entregados a sus artes diabólicas de explotación, no les quedaba tiempo para alzar los ojos y ser, no digo idealistas, que sería mucho pedir,

pero siquiera previsores: mirar más allá de las fronteras y de aquel lado de los mares y tomar el ejemplo que les ofrecían algunos países del viejo hemisferio, porque es de sabios tomar experiencia en cabeza ajena. Por el contrario, vendados los ojos y ocluidos con cera los oídos como Ulises para no oír las sirenas, (aunque éstos se los ocluían para no oír nada excepto a esas sirenas), quisieron seguir creyendo que jamás habría cambio; que por ser ellos maestros en la aplicación de la ley del embudo y haber los otros vivido siempre sin pies ni cabeza, o sea, tirando cada uno por su lado, iban a ser éstos siempre juguetes suyos, víctimas de la impolítica e injusticia de los gobiernos, de la iniquidad de los empleados y funcionarios, y, en general, de la avaricia de todos los ladinos que fomentaban por desgracia en todos los rincones del país. Pero ¿por qué habían aquéllos de vivir siempre sin cabeza y sin unión? ¿Qué les hacía pensar que el Shangri-Lá de sus feudos y demás prebendas habían de ser siempre eternos, y los otros, los pecheros —y decir pechero, ¿no presupone la existencia de pecho?— iban a ser perpetuamente ciegos como para no resistirse jamás a seguir de mendicantes hacia un destino tan cierto como el de una tragedia griega, rodando cuesta abajo en el plano inclinado cuyo extremo superior sostenían en alto sus opresores, sin importarle a nadie el caos que para estos mismos habría sobrevenido al haber acabado aquéllos de llegar al fondo? ¿Creían, pues, poder evitar que las aguas busquen siempre sus niveles o que al invierno siga siempre la primavera? Pues con esto sólo demostraban que era de ellos mismos tal ceguera, la que los incapacitó a prever ni siquiera la posibilidad de esta liberación. ¡Cómo! ¿pero es que pensaron que se iban a salir siempre con la suya? ¿Qué cosa imposibilitaba la unión de los otros? ¿Eran éstos menos que hormigas? Los humildes peones, una vez han recorrido todos los cuadros del tablero, se convierten en reinas. ¿No eran, éstos, peones? Y ¿qué nuevo cuadro de dolor les faltaba en el tablero de la vida? Bastante se ha dicho que los postreros serán los primeros. Y cuando en los últimos tiempos —prosiguió con acento irónico— llegaron a sospechar el desas-

tre que para ellos significaba la llegada de este día, ¿qué es lo que hicieron? ¿Por ventura mejoraron el trato que les daban o se humanizaron ellos mismos? No, sino al revés: mientras, para luchar hasta el fin, se ponían de acuerdo y se unían todos en derredor de un candidato único —¡Qué grande debió haber sido su miedo!—, por otro lado se dieron a hacer y hacer dinero con apuro de condenados, empeorando, si puede decirse, la triste situación de aquellos infelices, y resueltos, por último, a dejar el país si a pesar de todo sucedía lo “peor”, para quedar siempre bien sentados. Todo, porque contaban con las puertas abiertas de los países vecinos. Otra cosa habría sido si ninguno de los otros Estados americanos hubiera estado dispuestos a recibirlos en tales condiciones, porque entonces habrían tenido sin remedio que quedarse en casa, lo que los hubiera persuadido a dar media vuelta accediendo a tratarlos no sólo humanamente, en cumplimiento de los elementales dictados de conciencia y de razón —porque convenía hasta para el propio bienestar—, sino hasta fraternalmente, compartiendo sus ganancias con aquellos mismos. Pero con la facilidad de mudarse, ¿a qué ablandarse?... Y en defensa de tal barbarie no queda ni el gastado recurso de decir que de humanos es errar, porque, a más de que esta clase de errores sólo podía cometerse en tiempos de la ignorancia y no en plena era de propulsión a chorro, aquí el “error” era perfectamente voluntario y calculado, con la mente de seguir alcanzando ilimitada holganza que a la postre debía resultar, como resultó, más cara que la manteca, pues en oposición al motivo del escudo de la casa nobiliaria de Marlborough, eran dichosos pero desleales. No es mi intención negar que en todas partes, para repetir con los versos de Claudia:

“El dolor de los de abajo  
a los de arriba sostiene”

porque, en verdad, el mundo entero está clamando por una Revolución de esta clase; pero aquí era más que dolor para los de abajo, y éstos más que sostén para los

de arriba: era infamia para aquellos a quienes éstos debían riqueza, poder y, en fin, todo lo que habían llegado a ser, y hasta lo que se creían. Iniquidad ésta que engendró algo semejante a una bomba de acción retardada, que si no estalló con la violencia que se esperaba —¿no dijo Fouché que la República debe marchar a la libertad sobre cadáveres?—, se debió a los sabios y bondadosos afañes de ese inspirado Miguel Xirúm Ij, Reformador no sólo de los indígenas, sino también de la nación entera al haber conseguido, cual otro Mahatma Gandhi, la anhelada y siempre meritísima reivindicación social sin derramar una gota de sangre.

Yo, que había venido aceptando como bueno todo lo que decía, porque así me iba pareciendo, protesté cuando dijo que no se había derramado ni una gota de sangre.

—Pero ¿y la sangre derramada en los encuentros del 22?

El contestó:

—Fué, por cierto, escasa, y vertida por los que quisieron dar coces contra el aguijón, toda vez que los indígenas ya habían demostrado plenamente su superioridad numérica en un plesbicitito legalmente ganado. Imagínate ahora cómo hubiera sido de haberse ellos propasado de la línea media, es decir, de haber realizado a la usanza corriente la justicia de los mortales que triunfan, o bien de haber surgido entre ellos, mientras estaban caídos, un Pancho Villa o un Sandino. Esto sin citar la que se derramó por Lincoln de 1861 a 65.

—Reconozco que también en esto tienes razón —le dije—, pues ahora recuerdo que yo mismo extrañé la escasez de sangre en esa lucha que, con todo y la abundancia de tiros, dió apenas el saldo de un muerto. Pero una cosa que cuesta admitir, además de ese parangón que has hecho entre el indígena y el hindú, que me parece un poco forzado, pues Gandhi fué un dirigente más espiritual que político, y nada militar; mientras que...

—Hoy los tiempos son otros —me interrumpió—. La experiencia vivida en países lejanos —y observa cómo ellos podían mirar más allá de sus fronteras —enseñó que un dirigente espiritual está mejor guardado siendo al mis-

mo tiempo político, y mejor aún si es militar. Así se salvan hasta los atentados de obcecados fanáticos; pues tú sabes que un dirigente de esta importancia no es cosa de ponerlo al alcance del que quiera pasar. —Y me estaba acordando de la muerte que casi me dieron cuando subí a ver al presidente—. Es cierto —agregó irónico— que nuestro Gandhi no tenía chiva —¿cómo esperar que tuviese?—, pero sí ayunaba lo mismo, y no por cuarenta días, sino, como todos los suyos, desde que nace hasta que muere.

—Sí —admití convencido—, ya veo que tú posees la explicación de cualquier detalle de tan vasto problema; pero, a pesar de todo, creo que nada podrás aducir en descargo de tanta violencia que ví estallar por todas partes en esos días cien por ciento memorables. Bellas mansiones fueron dinamitadas, incluso fincas, sólo porque eran propiedades de ladinos, o bien eran robadas con el mayor cinismo, pues no vas a decirme que las insignificantes sumas que daban por ellas podían compensar en ningún caso su valor.

—No voy a decirte eso, amigo mío —contestó, sentándose nuevamente y dándome falsamente la impresión que le había sorprendido la pregunta—, pero debes saber que eso es parte de las apariencias de que te hablé al principio; porque todas esas propiedades habían sido amasadas con el sudor y lágrima indígena desde que éstos trabajaban prácticamente sin remuneración para deleite exclusivo de sus viejos amos; propiedades recuperadas ahora no a la pura fuerza o por la imposición irracional del instinto como lo habían hecho con ellos, ni tampoco, desde luego, pagando el excesivo precio en que caprichosamente las habían tasado ellos mismos; pero sí a cambio de más generosas que razonables indemnizaciones, mientras respetaban, por otro lado, las de aquellos patronos que fueron más o menos conscientes, pocos por desgracia entre los nacionales, pero no tan pocos entre los extranjeros, muchos de los cuales no perdieron nada ni fueron molestados en nada. Algunos ladinos, sin pasar de cuatro, —dos en la capital y dos en el campo—, prefirieron, en su orgullo feudal que les sobrevivió a su ruina, ver sus

propiedades hechas trizas antes que entregarlas en aquellas humanas condiciones movidos más que todo por su deseo de evitar que sus moradas se “manchasen” con los nuevos huéspedes. Y éstos, que así lo comprendieron, no hesitaban en pulverizarlas, cumpliendo hasta el fin con su nunca desmentida docilidad a los más mínimos caprichos de sus “tatitas”, tanto mejor cuanto que con ello los aporreaban moralmente porque también sabían que en esas propiedades tenían aquéllos el corazón, y allí les daban. ¿Un crimen? No. ¿Era, pues, justicia? Tampoco. Para ser crimen habría hecho falta ahorcar tres veces a cada expoliador. Para ser justicia, ahorcarlos una vez. Pero aquí a nadie han ajusticiado. Todo esto, sin olvidar que el polluelo no sale del huevo sin romper la cáscara; roturas que, hemos visto, en nuestro caso fueron apenas las indispensables, y tanto más excusables cuanto que la finalidad de aquellas expropiaciones es el de mantener con el producto y utilidad de dichas propiedades otros tantos centros de cultura —pero cultura de verdad—, para servicio de toda la ciudadanía, sin excepción.

Sorprendido, le pregunté:

—¿Pero es verdad eso?

—No pasará mucho tiempo sin que tú mismo lo veas.

—Pues si es así, me declaro convencido. Ahora puedo explicarme ciertos hechos, como el de aquella pobre ladina que fué apaciguada precisamente por un indígena al expresar en público su temor de perder su casa, que era su único haber, y de otros tantos casos que apenas si paré atención en ellos ante las penas que me ahogaban a mí como ahogaban también a tantos millares de infelices que se daban a la fuga entre desgarradores alaridos, al modo como huían los chinos de Shanghai ante el avance rojo.

—A esa señora —repuso— ya tú puedes ver que no la han dejado por pobre, sino por ser relativamente inocente en el drama que los otros habían sufrido. Porque guerra es a los feudelistas y explotadores por excelencia, y paz a los otros. Respecto a esa emigración, en verdad que ha sido grande: se cree que ya pasan de 30 mil las familias que han traspasado las fronteras. Pero estoy en

capacidad de asegurarte que ni uno de ellos lleva en el cuerpo el más mínimo rasguño. aunque más me parece —pero esto es conjetura mía— más me parece que a ellos les hubiera gustado mejor esos rasguños y no perder lo demás... Pero el volumen de tal éxodo va mermando a ojos vista. Mas debemos preguntarnos: ¿De qué huyen? Y la única respuesta que hallamos es que huyen de hechos imaginarios o hipotéticos, de revanchas supuestas posibles, tanto esperadas como temidas en sus conciencias y que, en todo caso, sólo habrían sido castigos merecidos, probando, de paso, que era consciente e intencional el daño que hacían al hermano. Sin embargo, repito, no han sufrido nada en sus cuerpos, ni aun aquellos recalcitrantes u opresores ensañados reconocidos o chequeados previamente y que, a pesar de todo, jamás quedaron tan pobres como ellos mantuvieron a sus oprimidos. Y lo chistoso del caso, si es que en esto puede haber algún chiste, es que al huír se han llevado sus prejuicios y odios, pero han dejado las tierras... Y conste que a los indígenas más les habría gustado lo contrario, porque las tierras pueden enajenarse de un modo o de otro, en tanto lo demás, muy difícilmente. Y es que, a falta de ser hechiceros o dioses, estos desmirriados son humanos, con un profundo sentido de humanidad. Humano es, repitiendo lo dicho por un humanista, condenar toda injusticia, toda ingenuidad, toda hipocresía propia o ajena, entender las debilidades y flaquezas de la común naturaleza humana por la alquimia del propio espíritu humano, transmutando esta común arcilla en oro puro, perdonando sus deudas, viendo debajo de lo malo y superficial de la vida la bondad que anida en toda alma, que ningún escéptico puede ocultar al entendimiento de otra alma. En una palabra, humano es ser capaz de ponerse en el lugar del sufrido para hacerle lo que quisiera que le hicieran a él. Recuerda que los colonizadores menos odiados o mejor tolerados no fueron los científicos, sino los que sabían gobernar con humanidad y administrar justicia sin corrupción, mejorar las comunicaciones y hacer fructificar más la tierra; los que sabían remunerar justamente, proteger al pobre e impedir abusos de autoridad; en suma, los morales y moralizado-

res. Pero no se puede moralizar sin tenerse moral, y no se puede tener moral sin tenerse conciencia. Por carecerse de ésta era que, por un lado, declaraban presidente electo al indígena, y por otro trataban de conseguir ayuda en hombres y armas del extranjero, para burlar una vez más a las mayorías. Porque la de ellos no había sido una declaración recta y sana, con el valor de los grandes y el desinterés de los humanos, que es lo que determina a los abolicionistas puros, sino una que carecía de estos atributos.

—¡Admirable! —exclamé entonces.

—¿Quién de los dos?

Nos echamos a reír, porque era así como él respondía siempre a mi exclamación favorita.

—Tus explicaciones —le dije después—, que han hecho luz en mi conciencia, como el sol cuando pasa la noche. Como te dije, yo había recabado opiniones de muchas personas y en distintos tiempos, pero por ser todas ellas interesadas y partes en el litigio (excluyendo al presidente indígena que al menos entonces lo creí sincero), inconscientemente mi razón las recusaba, hasta querer atenerme a lo que yo mismo veía o creía ver y lo cual no me daba otro resultado que el de sumergirme más y más en el conflicto de mis concepciones, para acabar por mirar como a través de un tejido nebuloso y que sólo me permitía ver los contornos de las cosas pero no claros, sino oscuros, como ante una imagen pintada por un pintor sobrerrealista y que se supone que tiene pies y cabeza pero sin saberse de qué lado, viéndosela confundida y desfigurada, como invertida, como volteada al revés, como envuelta en arabescos trágicos y cómicos, o como viéndosela en el fondo de un río sucio.

Yo concluí riendo, pero él dijo con toda seriedad:

—Así era cómo ellos miraban las cosas, hasta oírseles repetir cotidianamente, ora en prosa o ya en versos, que a los indios había que borrarlos del mapa a punta de rifles o de bayonetas, porque constituían el lastre que obstaculizaba la marcha del progreso del país, y pueda entonces éste iniciar su progreso bajo un nuevo plan... Pero éstas ya son cosas del pasado. Permítame ahora que

te pregunte, ya que creí entender que tuviste el honor de hablar con el Cid, digo, con el Reformador, qué tal te pareció. ¿No te pareció un Prohombre, un Rabino, o un Maestro de enseñanzas filosóficas y místicas, y Patriarcas también, de aquellos que nacen una vez en cada siglo?

—Te confieso que esa fué mi primera impresión, y hasta creo que le canté en verso. Pero después me pareció un farsante al creer verlo “salpicando agua en dirección del sol”, como diría el Ayharza Veda; veía en oposición sus ideas y teorías con el realismo y la práctica, la bondad de sus doctrinas con los dolorosos métodos que veía aplicar siniestramente, la alegría de sus marimbas con los desesperados gestos de los que tenían que huir para salvar la vida, de manera que siendo todo ello alternativamente gracioso y terrible, me era más que imposible formar ecuación con tales términos, lo que me confundía y desalentaba hasta hacerme creer que con el advenimiento suyo había llegado el fin de la civilización. Pero ahora tus imparciales juicios, como te dije ya, han hecho claridad meridiana en mi espíritu, haciéndome afirmar que tú tienes razón, y agradeciéndote en el alma el que me hayas sacado del error.

—Me place sobremanera haberte sido útil, aunque lamento no haberte encontrado antes, cuando más necesitado estabas. Todo lo que te hacía falta era una buena dosis de tranquilidad mental, pues ¿quién, viéndose arrasado en remolino, es capaz de pensar claro? Porque lo que tú mirabas entre sombras, que dijiste, era aquel estado incierto en el cual, habiendo desaparecido el viejo orden de cosas, aún no se ha establecido el nuevo; estado que antes era llamado de Revolución y que podía durar hasta diez años; y que hoy llamaríamos de Adaptación y que apenas dura dos semanas. Por eso te dije que yo temía que te hubieras ido bajo esa falsa impresión sin haber conocido la verdadera alma de ese remolino, sus causas remotas y próximas y sus objetivos mediatos e inmediatos; remolino que, como el de la Revolución Francesa, igualmente se creyó que traía el fin de la civilización, siendo que no era más que la nivelación, el equilibrio, la proporcio-

nalidad, la lógica, y, en fin, la civilización misma. El fin que ha venido con aquél ha sido el del dominio de la impostura, mon chère amie, el fin de los despotismos. La Flor de Lis feudal había que reducirla a polvo, como planta parásita de los indígenas, costare lo que costare y aún cuando después tuviéramos que escuchar “sones” en vez del himno de Rouget de l’Isle. Y hela aquí, bien muerta, como murió la de la vieja Francia: por autocombustión. Los indígenas eran ya linternas apagadas por agotamiento de su combustible que había pasado de ellos a los ladinos, duplicándose la provisión en éstos. Y tales centros de combustión, humeantes desde ha mucho tiempo, tenían un día que estallar en llamas, como estallaron al fin, ardiendo como barriles de nafta. Y por fortuna que ya no existe aquel mal llamado comunismo rojo del siglo XIX —que nunca fué comunismo, sino una dictadura del capitalismo—, de aquel siglo en que se creía que la insurrección era el más sagrado de los deberes y el perjurio el as de la baraja, que de otro modo habrían sido motejados de comunistas o bolcheviques, no siendo otra cosa que la semilla que había germinado en las millonadas de tumbas heroicas de aquel mismo siglo y cuyo tallo podrá desafiar las más recias tormentas porque son sus raíces los brazos de la Justicia, tal vez bajo formas rudas, pero siempre Justicia. Incidentalmente, vemos seguirse cumpliendo el axioma histórico que lo que es injustamente ganado, es fácilmente perdido. Déjame, a este fin, que parodie a Shakespeare y decir: “No más ayer, la palabra de los céseres pudiera haber prevalecido contra el pueblo chapín: ahora yacen ellos allí”, en el sitio que escogieron, agrego yo, tras repentina muerte, a diferencia de los naturales que habían venido agonizando lentamente y con grandes dolores, como si hubiesen vestido la camisa envenenada del centauro Neso. Y, con la azorada fuga de aquéllos, hemos contemplado una de las más grandes ironías de la historia que, por otra parte, no debe sorprendernos para nada, si siempre anduvieron mal: “tales vita finis ita”. Mas, para los ciegos, las cosas son siempre súbitas, si bien ya en el país no quedan ciegos. Todos, indígenas y ladinos, han despertado ya, pero ¡qué

distintos despertares han tenido!... ¡Oh, infelices ladinos, tan patriotas pero tan combustibles, hasta seguir la senda del absoluto y bien ganado descanso, convencidos, al fin, como el gallo de la obra teatral de Chantecler, que no eran ellos los que con su canto hacían salir al sol. Mas, dejémoslos ya; no necesitamos llorar por su suerte: que los muertos entierren a sus muertos... Y tú, te has puesto melancólico. ¿En qué piensas?

Efectivamente, yo me había quedado medio abstraído, medio ensimismado, oyendo sus palabras como quien oye una oración fúnebre al pie del cenotafio. Levanté los ojos y sonreí un poco triste al contestarle:

—Pensaba que los ladinos es verdad que cometieron errores...

—De lesa patria —me interrumpió.

—Admitido. Lo que te quiero decir es que esos errores obedecieron más que todo a su ignorancia y...

—Admitido también. Pero no podemos decir que lo hayan hecho todo con la premeditada intención de hundir al país y de acabar con él. Ellos creían a pie juntillas que indígenas y Guatemala eran dos cosas distintas y sin ninguna relación entre ellas, de donde podían aniquilar a aquéllos sin dañar a ésta; por el contrario, les parecía que al aniquilar a los naturales, hacían rica, próspera y dichosa a la patria de ellos; y como eran patriotas, se creían en el deber de consumir aquella aniquilación, creencia sustentada, como te dije, en la ignorancia, porque nadie les pudo enseñar que...

—No se dejaban enseñar —corrigió otra vez—, que tenían a la verdad como su peor enemiga.

—Te admito también eso —seguí concediendo—. Pero eso es lo que me lleva a concluir que su culpabilidad debe ser más digna de lástima que de otra cosa.

El se echó a reír, mirándome fijamente, y observó en seguida:

—Tratas de hacer la apología de los ladinos, sólo que sin resultado porque ellos eran ya crecidos: como que casi tenían dos siglos de edad. Ni tampoco cabe decir que entre ellos hubo sus excepciones sólo porque no ejercieron tan odiosa explotación, pues ¿quién podrá llamar-

se bueno por el simple hecho de haberse abstenido de hacer daño? ¿No es obligación de todos hacer el bien, y el máximo bien, a todos? Nadie podrá, pues, pensar que han pagado justos por pecadores, que para ser justos debieron haber dado a cada uno lo suyo y esforzarse, además, porque los otros hicieran lo mismo, y no simplemente dejar hacer. Que el que no está con el débil o con la justicia está en contra, como el que teniendo tierras y no trata de aumentar la producción, es tan culpable como el que destruye los graneros. Pero lo que sí deduzco de tu gesto es que aún sientes cariño por esos ladinos, lo cual es natural. Te confieso que yo también siento lo mismo: un cariño semejante al que se profesa a los muertos... Pero esto quiere decir —prosiguió— que hemos llegado al final, al broche de una Historia que trae en ella misma el testimonio de su propia autenticidad en el raquitismo de sus miembros, en el surco de sus múltiples arrugas, en sus heridas exangües y aún sin restañar, y cuyo último juicio han de dar los que hagan la autopsia de aquel cadáver. Ahora sólo podemos decir que, pese a todos los raquitismos, a todas las arrugas y heridas, o más bien a causa de ello, la Edad de Oro ha vuelto: Saturno está en el Lacio y Astrea entre los mortales. —Con entusiasmo añadió:— —El espacio es curvo, mon chère amie: ¡el cielo Maya se ha completado, et a merveille!...

Yo reí también. Ya no escuchaba ningún “De profundis clamavi”, sino los alegres sonos chapines, el vitoreo de la feliz muchedumbre, y hasta el tintineo de las joyas de las chichicastecas. El, entonces, concluyó:

—Déjame ahora decirte que yo he luchado mucho, y seguiré luchando con renovados esfuerzos, porque Europa y el mundo entero conozca en su esencia al verdadero pueblo de Guatemala, a ese pueblo que hoy virilmente ha vuelto por sus fueros de hombres libres, para demostrar que, no importa lo desmirriado de los cuerpos: cuando en ellos arde una voluntad vigorosa y un ánimo recatemente decidido, el cobarde es un héroe y el débil un Hércules. Pueblo que nunca pudo ser comprendido ni por sus propios hijos que se llaman ladinos, y que, puedo igualmente asegurarte, cuento ya con las simpatías y hasta

con la admiración de otras muchas naciones. ¿Ya visto qué notable Constitución han emitido? Yo no he podido menos que inclinarme ante la sensatez y mesura de sus nuevas y ejemplares leyes. De mil amores te aconsejo que vayas un día a escuchar alguna de las sesiones de ese Congreso reunido actualmente. Verás cuánto tiene qué enseñar no sólo a los de su pueblo sino también a...”

La frase quedó sin terminar porque madame de Valois entró en aquel momento saludando contenta:

—¡Mr. Johnson! ¿Coment alé vous? ¡Feliz año nuevo!

El encuentro fué tan feliz que me sentí impulsado a abrazarla, aunque conteniéndome porque los maridos franceses suelen ser alérgicos a expresiones de esta clase, limitándome a besarle su mano de aristócrata. Después ella quiso saber cómo logré salir de aquella “algazara”, como ella lo llamó, e instándome, además, a que le contara todo lo que yo creyese digno de ser contado. Me dí cuenta entonces que si es verdad que desde el viernes habían salido de tal algazara, había sido sólo en el plano material, porque en mi interior habían continuado en ella, con la mente desorientada o a la deriva. Era hasta en este momento que en realidad, había salido totalmente de ella con el vencimiento de mis conflictos y la recuperación de mi paz espiritual. Pero antes que yo pudiera decir nada, él había contestado por mí haciendo uso de un símil exacto, porque no basta agarrarse y flotar en una tabla para que el náufrago se considere a salvo: hace falta llegar a pisar tierra firme. Y él dijo:

—Salió de milagro. Pudo hallar una tabla en qué flotar, y aquí está sano y salvo. Pero sentémonos —invitó; y dirigiéndose a mí, agregó—: y déjanos oír detenidamente el relato de eso que tuvo visos de tragedia para muchos, incluso para ti, y que pasó cual tempestad en un vaso de agua. Ante todo, debo decirte que yo estuve a buscarte en el Gran Hotel poco antes que éste cambiara de dueño, con la intención de traerte a mi casa, pues supuse que no te sentirías muy bien en aquel jaleo —y se rió—, pero tuve la desdicha de no encontrarte. Y cuando volví por la tarde, los indígenas que se habían instalado allí no su-

pieron darme razón. Apenas pudieron decirme: "Hay de-  
be andar bailando". Yo, que te conozco —se rió otra vez—  
me resistí a creerles. Pero me convencí que debía de aban-  
donar las esperanzas de hallarte entre tantos juerguistas,  
y pensando, por último, que te habías ido del país.

Yo les hice entonces una sinopsis de mi odisea, par-  
tiendo del punto en donde creí ingenuamente poder diver-  
tirme mientras los ladinos salían llorando desconsolados,  
hasta referirles mi cruel desengaño y mi amarga pena de  
verme cogido en lo que me pareció la más inhumana de  
las trampas. Pero esta fase hecatómbica del relato la pasé  
más que de prisa, sin prolijidades, no sólo por lo largo  
que habría resultado la historia, sino y principalmente por-  
que ahora había perdido un 80 por ciento de su importan-  
cia y dejado de ser memorable en el sentido que antes lo  
era. Concluí narrando el bienaventurado encuentro que  
tuve con la digna señora Rubio y el rescate de que me  
hizo objeto, añadiendo finalmente que al haber salido hoy  
a buscar en vano unas pantuflas que necesitaba, debía la  
fortuna de hallarme ahora con ellos.

—Bueno —remató de Valois—, pues vamos a celebrar  
este hallazgo como Dios manda. Dispéñeme un momento.

Y salió de la sala. Madame me dijo entonces:

—Y ¿cómo es que usted no pensó en nosotros? Mire  
que aquí dimos asilo a varios de nuestros compatriotas  
que, por cierto, no estuvieron mucho tiempo, pues cuando  
les explicamos la verdadera naturaleza de las cosas que  
veían renunciaron a sus temores, hasta salir de paseo por  
las calles, a veces acompañados de mi nena que goza vien-  
do bailar a los indígenas. Y como algunos de ellos eran  
técnicos en máquinas, ofrecieron sus servicios en los ta-  
lleres de reparación de automóviles y motores, en donde  
fueron recibidos con los brazos abiertos. Y estoy segura  
que usted hubiera hallado también algo que hacer, pues  
andaban buscando ingenieros para componer los dínamos  
de las plantas hidroeléctricas nacionales, según contaron  
los paisanos.

—Ya lo creo —dije—, pues me hubiera gustado ha-  
berle servido al gobierno y hacerle hasta concesiones es-  
peciales.

—Así hicieron ellos, pues sólo aceptaban una parte del sueldo, dejando la otra a favor de un fondo para los desocupados que acaba de crear el gobierno.

Volvió entonces de Valois trayendo un paquete que dejó sobre un escritorio, al tiempo que una sirvienta entraba con el champán y las copas para el brindis. Y brindamos por todo: por nuestro exitoso encuentro, por el despertar ya consumado de este pueblo a base de coraje y lágrimas, por la salud del Cid, y por la plena materialización de sus ideales. Por fin, y con el mejor de los humores, cantamos en coro el himno “La Marsellesa”.

Después, él me preguntó sobre los versos que yo había escrito sobre los indígenas, porque deseaba conocerlos; pero me vi en la pena de no poder satisfacerlo porque apenas si me acuerdo de ellos.

Para sorpresa mía, pues era la primera vez que lo oía hablar de haber compuesto versos, me dijo:

—Pues yo voy a recitarte unos que compuse recién venido al país, inspirados ante el espectáculo que daban estos miserables con su cacaxtle a cuestras, el suyacal más encima, al hombro su tecomate lleno de agua y los pishtones o tortillas para el camino, y en la mano su vara peregrina, seguido de su perro sarnoso, tan hambriento como el amo, y que a pesar de todo, aún le quedaba ánimo para ponerse a bailar al nostálgico son de sus marimbas, cuando cambiaban el tecomate por el octavo, y, a sus mujeres, ánimo para darle el pecho al hijo...

Ella le interrumpió:

—Deja tus versos para otro día, Ambrosio, que son muy tristes.

—Yo haré que resulten alegres —repuso, y se volteó a mí para decirme—: Tal vez no sean tan verdaderos como versos: tú sabes que no soy poeta. Pero verás que son fieles a la verdad. Escucha, éste es el comienzo:

“Hombres amarillos de rala pelambre,  
de pupilas frías, lánguidas y tristes:  
la pena que siento, pobre raza errante  
extraña en tu casa, viendo cómo bailas  
queriendo llorar.

Un rapaz verdusco, chupando unos pechos  
de una moza inerte o sombra de moza  
—brazos cadavéricos, cuna miserable  
donde un pueblo gime su eterna agonía.

Pena de una raza antes libre y aguerrida,  
dueña de coronas y de un país de sol,  
rica como tierra de eterna primavera,  
alegre cual sus campos sembrados de maíz;

y que hoy sólo es suyo el polvo del camino  
que sus pies avientan en bregar sangrante,  
y la horchata tibia con sabor de lágrima  
de unos senos secos..."

Hizo una pausa en la cual, sin embargo, no flotaban crespones negros, como correspondía a tales versos, salvo los que sentía flamear dentro de mí; pues la señora se le había quedado mirando sonriente, y él a su vez la miraba con cierta malicia, todo lo cual no dejaba de intrigarme. Mas al pedirle que continuara su recitación, me dijo, sin quitar los ojos de madame:

—Espera, que mi mujercita parece que trata de decir algo.

—Nada estoy diciendo —contestó ella—. Mejor si eres franco y confiesas de una vez que tus versos allí acaban.

Y al echarnos a reír, me di cuenta que él había sabido cumplir con su promesa de recitar sus dolientes versos sin hacernos entristecer.

Y la reunión, que se prolongaba insensible y deliciosamente, llegó a su término cuando un indiscreto reloj dió la media de las 14. Y, pronto, me levanté a despedirme.

—¡Cómo! ¿Se va tan pronto? —dijo ella.

—¿No te quedas a almorzar con nosotros? —dijo él.

—Siento de veras —me excusé— tener que irme, pero no dejé aviso a la señora Rubio, que debe estarme esperando.

—Tiene razón —admitió madame—. Esa señora ha sido buena con usted para que la haga esperar. Pues no lo atrasamos más. Será otro día.

—Mi carro está listo, —ofreció él.

—Mercí. A sus pies, madame.

—Au revoir, querido amigo.

Las calles, ya bastante despejadas, nos permitieron marchar a mayor velocidad. En uno de tantos cruceros encontramos un carro oficial que traía dirección opuesta y cuyos pasajeros, un indígena y un ladino, contestaron ceremoniosamente al saludo del cónsul. El me explicó en seguida:

—Se trata de dos miembros del nuevo gabinete. El señor Inocente Pretzantzín Coxáj... Quiero decir el indígena, es el ministro de Obras Públicas, Correos, etc., y el ladino que le acompaña es el subsecretario en el despacho de Economía, señor Carlos Mora Reyes, que andan juntos por la escasez de carros.

—¿Ya hay, pues, ladinos en el gabinete?

—Sólo éste, porque fué de los pocos ladinos que mostraron algún interés por la suerte de los naturales, unas veces desde los puestos oficiales que llegó a ocupar, y siempre como periodista. Y ahora éstos lo han distinguido con su agradecimiento dándole tal puesto de confianza.

Después de una breve pausa, comenté:

—Ya nada extraño sería que este gobierno sea pronto reconocido por los demás países.

Sorpresivamente me contestó:

—Eso estaba anunciado para ahora.

—¿Qué cosa?

—El restablecimiento de las relaciones diplomáticas con el nuevo gobierno.

—¡Oh! ¿Lo habrán hecho ya?

—Eso es lo que no sé, pues ahora que nos encontramos yo iba precisamente a la Embajada a averiguar la hora de tal acontecimiento.

—¡Qué siento haberte distraído de tal intento!

—No te preocupes. Yo creo llegar todavía a buena hora.

Pero en esto estaba equivocado, porque llegó tarde, como se verá después. Yo me acordé de otra cosa, y le pregunté:

—Y esa recepción de diplomáticos, ¿será siempre en la terraza?

El se rió:

—¡Oh!, no. Allí despachó el Ejecutivo por sólo unos cuatro días, mientras repintaban todo lo demás, pues las tropas ladinas que estuvieron acantonadas allí dañaron pisos y paredes.

De pronto pasamos frente al edificio del consulado americano que mostraba su impoluta blancura de siempre.

—Tamaño edificio —comenté—, y no pude hallarlo cuando me creía perdido.

—La desesperación, como el orgullo, nos confunde el camino —dijo filosóficamente.

—¿Habrán todavía asilados allí?

—Ya no. Ayer vino un avión especial a llevarse los que había. Sumaban más de cuarenta.

Quería decir que yo ahora estaría ya en mi tierra; pero comprendí que con ello me habría privado de las ricas experiencias que pude adquirir al seguir la línea de conducta que seguí. Lejos, pues, de lamentar nada o de envidiar a los que se fueron, los compadecí, sobre todo al considerar que hasta ayer habían estado como sardinas en lata...

Nos íbamos acercando a casa, y ya tenía que irle enseñando las esquinas por donde debíamos proseguir, hasta que, habiendo llegado, nos tocó separarnos. Antes de bajar, le pregunté:

—¿Cómo crees tú que resolverán ellos lo del contrato con la compañía Williams? Lamentaría mucho si lo rechazaran, no tanto por mí cuanto por ellos: esta bella Guatemala que nadie más que ella merece esta pila atómica.

—Sinceramente no sé —contestó—. Estas serán apreciaciones científicas del indígena; y yo hasta ahora sólo conozco su apreciaciones morales. Pero, a juzgar por éstas, yo en tu lugar esperaré optimista. Y déjame decirte —añadió— que si tienes necesidad de dinero tendré mucho gusto en prestarte cuanto quieras.

—Te agradezco, pero en estos momentos creo que no me serviría de mucho: no hay nada qué comprar.

—También te advierto que si alguna vez necesitas mudarte, está mi casa a tu disposición. Yo dejaré dicho a los empleados que te alojen a la hora en que llegues, pues me olvidaba decirte que en los días próximos estaremos ausentes: mañana salgo con mi familia, a pasar una buena temporada en la ciudad de Antigua. Por lo pronto aquí te dejo esto, que te será muy útil. Au revoir, mon chère amie!

Y se fué veloz, dejando conmigo el paquete que reconocí en seguida como el mismo que un rato antes le vi poner sobre aquel escritorio de su gabinete. Pero mis pensamientos siguieron otra dirección: pensé que de haberme encontrado antes del viernes, le habría pedido que me llevase del otro lado de la frontera sin pérdida de tiempo. En cambio ahora, ahora es otra cosa, y tengo decidido esperar siquiera mientras me llega el turno en el avión que he reservado, o bien órdenes de la superioridad.

Ya en casa me enteré de dos cosas: que los pies volvían a dolerme, y que realmente la señora me estaba esperando para almorzar. Y si bien le di excusas por llegar retrasado, las que ella aceptó indulgente, me abstuve empero de referirle lo feliz que había estado fuera, porque no viniese a saber que no sólo en su casa paso contento, siendo que todo mi bienestar lo debo a su prodigalidad y bondad.

Al sentarme a la mesa habría deseado apagar el radio, pues ya no me ofendían las marimbas de la calle aunque estuviesen más cerca o sonasen más fuerte de lo que sonaban; pero ella, que no había oído al cónsul, continuaba, ¡qué duda cabe!, con sus prejuicios ancestrales que hacía necesario que el aparato siguiese impidiendo la entrada de aquellos sonos, máxime ahora que había recibido la “peor” de las noticias y que en su deseo de comunicármela olvidó hacerme ninguna pregunta sobre mis pantuflas.

—¿Supo usted —me había preguntado al no más llegar— cómo todas las naciones acordaron al fin dar su reconocimiento a estos indios?

Y se notaba el esfuerzo que hacía para dar a su sem-

blante una tranquilidad que estaba lejos de sentir, y que el tremular de su voz la traicionaba.

—No, señora —le contesté, sintiéndome de pronto invadido por una sana alegría que debía esforzarme a la vez por ocultar—. ¿A qué horas fué eso?

—Fíjese que hace media hora el cuerpo diplomático presentó sus credenciales al indio que tenemos de gobernante, el cual representa, según el que dió la noticia, la viva conciencia del pueblo, cantinela esa que a fuerza de repetir han logrado engañar a los de afuera. ¡Qué tontos!, ¿verdad? ¡Dejarse engañar así!... Y ahora sí creo que perdimos las esperanzas, pues confiábamos en que el mundo civilizado jamás se avendría de buen grado a tratar con esta horda de salvajes, sino todo lo contrario: que nos darían toda la ayuda para acabar con éstos y restaurar la civilización. Pero en vez de eso, ¡fíjese en lo que resultó!... ¿Dónde tendrá la cabeza el mundo?

Lo que deduje sobre la marcha fué que ella había estado escuchando *La Voz de Guatemala*, pero ¿cómo es que lo hizo con todo y el desprecio que por los indígenas siente? ¿Qué clase de curiosidad fué ésta? Me reprimí, sin embargo, y guardé silencio para pensar en aquellas sublimes palabras de "*Vox pópuli vox Dei*" puestas ya en práctica. Y la cabeza del mundo debía estar ahora a la altura de la divinidad. Lo único que faltaba era que la señora también lo comprendiera así; pero ya lo comprendería...

Estábamos empezando a comer cuando los ruidos de la ciudad arreciaron violentamente reviviendo los repiques de campana y los estallidos de cohetes y toda clase de bombas en celebración de este gran triunfo de la política exterior del gobierno. La urbe de nuevo se lanzaba al ruedo con corazón, marimba y todo. Y, aunque seguimos comiendo, ya fué aparentemente con desgano: ella a causa de su duelo y yo por mi deseo de acabar pronto y retirarme a mi cuarto antes que fuera a traicionarme yo mismo.

Una vez retirado y examinado el paquete que me dió el cónsul, me tendí en la cama a escuchar, más que los ruidos del regocijo universal, mis propios pensamientos, identificado plenamente con ese regocijo. Y me dejé llevar por

mis ideales de confraternidad humana, la que, si es cierto que a veces sabe hacer llorar, me convencía ahora que ese llanto es menos de dolor que de felicidad; aunque esto generalmente lo lleguemos a comprender mucho después. Más, ¡qué distinto fuera si el llorar de los hombres fuera siempre un llanto de tal naturaleza! El mundo sería otro o dejaría de ser mundo en su fundamental sentido de “valla de lágrimas”, si todos vueltos idealistas o humanos, tuviésemos un mismo sentimiento: el de Amor, y una misma voluntad: la de hacer el bien por el bien mismo y de sincerarnos con toda criatura de Dios; la voluntad de ser auxilio de todos y obstáculo de nadie, dispuestos siempre a levantar al caído y no dejarlo abandonado, y menos derribarlo. Dispuestos a satisfacer las necesidades ajenas antes que las propias y ser el protector del débil, el consuelo del afligido y la providencia del pobre. Pero ¿cuándo podremos todos pensar lo mismo? El mundo sigue siendo lo contrario de ancho y ajeno, eternamente rodando en la pendiente de la ignorancia. Y la pregunta no ha de ser: ¿Dónde tendrá la cabeza el mundo?, sino: ¿Dónde tendrá el corazón?... Mas, debo rectificar: la humanidad es buena. ¿No lo veo aquí con la señora Rubio que es toda bondad, amabilidad y gentileza? Razón tendrá de estar orgulloso su marido. Y, a propósito, ¿adónde habrá ido éste? Será posible que se haya puesto a salvo dejándola sola? ¿O será viuda? Y ¿qué? Nada de esto me atañe.

Hora: 18.00.

Independientemente de la feérica celebración del triunfo ya conocido, temprano de la tarde pasó al frente de la calle un nuevo y largo desfile de santos que ya creía extinguidos, entre espesa nube de pom y resonar de chirrimías y tambores, pitos y cajas tocados con admirable ritmo, pero también armando un estruendo como si, en vez de santos, fuese otra cosa lo que pasaba. Estos eran llevados en andas ornadas con brillantez (porque además de flores y plumas, centelleaban en ellas numerosos espejitos) y en número no menor de una veintena, y acom-

pañados de mucho pueblo, pero un pueblo vestido de modo nuevo para mí que me voy convenciendo que nunca podré llegar a conocer todos sus estilos. Estos traían calzones cortos de color azul oscuro, semejantes a los que usan los chichicastecos, sólo que en lugar de las aletas bordadas exhibían una abertura por la cual asomaba un forro de encaje blanco como si fuese parte de colzoncillo. Pero además, se distinguían también por la camisa, que la de éstos era roja con adornos bordados en amarillo, verde y blanco estilizando toda clase de animales, así como en el uso del zute, que en vez de traerlo directamente aplicado a la cabeza, lo traían atado a la copa negra y brillante de su sombrero de palma. Sobra decir que venían bailando incansablemente, pero un baile también especial, que unas veces llaman "del Angel y la Pereza" y otras "de los diablos", sin que hubiese podido hallar la relación que ellos veían entre éstos y aquéllos a los que endilgaban sus oraciones, pese a que la señora trató de explicarme el significado de tal procesión, desde nuestro observatorio de la ventana.

—Estos son —me dijo— los "cucos", llamados así por ese traje que visten. Son vecinos del volcán de Agua, y su procesión, así como sus bailes, son reminiscencias de los que gastaban antes de Colón en honor a Chicomecóatl o dios "dual" (no bisexual como se ha pretendido) del Maíz; baile que hasta estuvo prohibido en tiempos de Reina Barrios.

No quise preguntarle por qué tal prohibición. Ya me lo imaginaba. Solamente apunté:

—Pues esto tiene analogía con la fiesta del Raimi de los Incas que celebraban en el equinoccio de Septiembre en homenaje a su padre el Sol.

—Tal vez, pero este baile no es ya en honor a ningún dios, sino en representación del nacimiento de los héroes Hunahpú e Ixbalanqué de la doncella Ixquic, según se lee en el Popol Vuh.

Después de una pausa, siguió diciendo:

—Fíjese en ese que viene rezando a grandes voces: es un sacerdote de su propio servicio que llaman en su lengua "chuchcajáu", de máxima importancia dentro de

sus cofradías. Y para que vea —agregó medio sonriendo— que no han cambiado su alma de esclavos con todo y que ya son esclavistas, mírelos tocando siempre flautines y chirimías que, según Plutarco, es arte de esclavos, porque cierra la boca, en vez de pulsar instrumentos de cuerdas, que es arte de hombres libres porque deja la boca hábil para cantar.

Yo le iba a contestar que también dice Tagore: “Su flauta le roba la sonrisa de sus labios, y la echa sobre mi vida”; pero supe contenerme a tiempo. Después ella se retiró de la ventana, y yo hice lo mismo dejando ésta cerrada. Y, sentándome junto a ella, vine a revisar el diario de hoy que aún no había leído.

En éste no habían muchas novedades, pues lo del triunfo de la Cancillería aún no había ocurrido a la hora en que salió a luz. Pero supimos que los ladinos en voluntario exilio habían desplegado gran actividad contra la seguridad de este régimen, hasta solicitar auxilios armados para invadir Guatemala. Y al concluir con que tales solicitudes —“convulsiones de Encélalo impotente”, como lo llamaba— habían sido rechazadas por aquellos gobiernos, recomendaba al pueblo chapín considerar en calma esas demandas y no guardar por ello rencor, pues “cada uno responde de su propia conciencia”.

Como venía leyendo en voz alta, la oí a ella observar tristemente:

—Pero fíjese que ahora sólo hablan de conciencia, cuando antes todos usábamos esa palabra con mucha medida y casi sólo en poesía; pero éstos no se miden para nada...

Entre los últimos decretos del Congreso, el único que me interesó fué el referente a la supresión del famoso baile de la Conquista, dando para ello dos razones. Una era que el pueblo indígena, “habiendo ya sido salvado de su exterminio y eliminado toda opresión, no tendrá que entablar más luchas de vida o muerte para sobrevivir”; y la otra, que “es indispensable, para felicidad propia y ajena, desterrar de nuestras costumbres todas aquellas prácticas que puedan hacernos recordar episodios desagradables que ya pertenecen al pasado y que de un modo o

de otro pudiera en el futuro obstaculizar nuestra deseada unión con todos los pueblos de la tierra”.

—Eso si está bueno —comentó ella—: que supriman todos sus bailes de una vez y se dediquen al trabajo.

El resto de los noticias se referían a los agasajos de año nuevo que en gran parte ya nos eran conocidos. Y al no más dejar el periódico sobre la mesa, ella aumentó el volumen del radio, y luego, sacando sus costuras, por largo rato se ensimismó en sus labores manuales.

Enero 3

Martes

Hora: 11.00

Puede decirse que la ciudad amaneció al fin quieta y tranquila, con el sosiego de los virtuosos, y el tiempo azul como los ojos de una virgen nórdica. Todo invitaba, pues, al paseo, y ¡cómo deseé haber ido a la sesión del Congreso! Pero no hallé qué pretextar para salir tan seguido. Mis pantuflas, en las que he pasado cómodamente toda la mañana y por las que fui felicitado por ella, quien, de paso sea dicho, se quedó creyendo que las había comprado, dejaron de ser razón para ir tan pronto a la calle. Y sin una razón como ésta, había el riesgo que llegase a comprender que ya no siento antipatía por los naturales, lo cual la llevaría a la conclusión de que ya no somos hermanos, con toda una seria de consecuencias que yo sería el primero en lamentar, no tanto por sus efectos materiales, cuanto por los de orden moral; máxime que ella amaneció hoy sumamente desconsolada. No quiso desayunarse, si bien se sentó a la mesa a hacerme compañía, y sí pudo exclamar como pensando en voz alta:

—¡Qué de tristezas estamos pasando! Esto ya no es vida. Guatemala, como país de orden, se acabó. Hoy yace confundido todo: lo bello con lo tétrico, lo amable con

lo odioso, la bondad con la perversidad, aunque dominando ésta como cetro de un personaje único: el Brujo medieval que se ve robustecido con el reconocimiento absurdo de un mundo que ya perdió el respeto de sí mismo.

Sonrió entonces tristemente, pronunciándose aún más la dolorosa nostalgia que la consumía. Después siguió diciendo:

—Y figúrese que mis provisiones ya se agotaron. Anoche ni pude dormir pensando en eso. Ya no tenemos qué comer, y preciso es que ahora piense en la ida al mercado a ver si hay algo qué comprar, porque a nuestro único personaje poco le importa que haya mercado o no, si le basta con tortillas, tamales y shuco, como buen ceófago, agregando, cuando mucho, raíces de guisquil (ixintal) o flores de pito, como ya usted se ha de haber dado cuenta. Pero ¿y nosotros...?

Pensé otra vez en el Reformador, quien había dicho que ambas clases, indígenas y ladinos, ocuparon siempre polos opuestos, de modo que la dicha del uno debía ser siempre la desgracia del otro; mas sabía que ya no era así, y hoy todos debían sentirse dichosos. Pero ella se me había quedado mirando como si no fuera tanto por ella misma, cuanto por mí, la pena que sentía. Armándome de valor, le dije:

—Señora: mientras yo esté aquí, usted no perecerá. Dígame qué es lo que desea y yo iré a comprárselo.

Suerte que no aceptó mi irreflexiva oferta, pues con los bolsillos limpios no se compra nada. Y acabé arrepiñtiéndome de no haber tomado el dinero que me ofreció de Valois.

—Gracias, señor Johnson, pero estas cosas sólo una puede hacerlas.

Su razonable respuesta me tranquilizó, y en mi interior se avivó el profundo agradecimiento y admiración que siempre sentí por ella. Y comprendiendo que debía hacer algo más eficaz por consolarla, le dije, al tiempo que ponía azúcar en mi taza, que el dueño de la terrible posada en la que yo me había refugiado me aconsejó, al verme atribulado, que a mal tiempo pusiera buena cara.

—Eso es lo que yo he querido hacer, tratando de no repetir lo que todos hacen cuando están en apuros, que inconscientemente renuncian a sus lentes claros de todos los días para sustituirlos con otros oscuros y empañados, como si quisieran ver las cosas realmente negras y aumentarse él mismo su pena, ignoro si obedeciendo a esa tendencia que dicen que es presente ahora en todo el mundo y que los psicólogos llaman masoquística, la que en muchos casos conduce al suicidio o bien, de lograr desviar aquella tangencialmente, acaba dañando a los demás, que no es sino otra forma de hacerse daño a sí mismo. Y ¿cree que he podido? Por más que hago.

Yo insistí:

—En ese estado de ánimo estaba yo cuando me encontró usted y me trajo a su casa. Y usted entonces bien pudo aconsejarme también y...

—¡Ah!, sí —me interrumpió—. Yo entonces no tenía ninguna desesperanza, porque creíamos que esta derrota no sería duradera y mucho menos decisiva, de modo que podía quedarme sin cambiarme los lentes. Pero ahora ya no nos queda ninguna luz en lontananza. La única que había se acaba de apagar... Usted no es de aquí. Usted mañana se va y nada ha perdido. Mi situación es diferente: yo no tengo adonde ir porque ésta es mi patria. Usted podrá comprender nuestra pena con la imaginación, y hasta con la razón, pero no experimentalmente por ser extranjero. Y es así como la sentimos nosotros.

—Permítame —le pedí con timidez— que ahora ocupe el lugar que usted ocupó en aquel día con respecto a mí, y le sirva de mediano consejero repitiéndole el consejo que daba San Ignacio. Cuando se insiste en cambiarse aquellos lentes y no haya modo de sobreponerse y desistir de ello, los reemplazantes deberán ser color de rosa, es decir, palpitantes de optimismo, y no de ninguno otro color, con lo que hallará más pronta la solución apetecida, y, en el caso extremo de no hallarla o resultar ser de aquellas impracticables para usted sola, podrá al menos ver dentro de la dificultad que la abruma

uno o más aspectos menos desesperantes que otros, los que, bajo la acción de la comparación y del análisis, podrían reducirse al ridículo y hasta hacerla reír a carcajadas.

Ella sonrió al decir:

—Eso me parece tan fácil como ponerle el cascabel al gato.

—Usted perdone, pero aquí hay diferencia, pues el ponerle algo a otro es siempre más difícil que penérselo uno mismo. En el primer caso se necesita contar con la voluntad de aquél, a más de la propia, en tanto que en el segundo sólo con la propia.

No había duda que mi inicial timidez se evaporaba al ardor de la discusión, como desaparece la resistencia al movimiento una vez el carro en marcha, para dar paso a la seguridad y firmeza, hijas de la convicción. Pero ella aún no se daba por vencida, y, con los brazos cruzados ante el pecho, repuso:

—Es posible, pero los consejos más fácilmente se dan que se toman.

Yo volví a la carga, apelando a mi último recurso:

—Voy a recordarle el simpático ejemplo que nos ofrece Maurois para casos como éste. Dice: “Quieres tú ser ministro y no lo eres. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que no tendrás la obligación de recibir desde la mañana a la noche, a pedigüños que no deseas ver. Quiere decir que no serías responsable de mil asuntos difíciles y graves que ni siquiera habrías tenido el tiempo de estudiar. Quiere decir que tú no tendrás que dirigirte cada semana hacia algún gobierno o estado muy apartado, donde te recibirá la armonía municipal o la banda de bomberos y donde tendrás que pronunciar un gran discurso sobre la política internacional (o interna) y que te acarreará las injurias de muchos. En lugar de estos placeres estarás condenado a vivir en paz, a gozar de tus ocios, a releer los libros que amas, a conversar con tus amigos. Esto representa tu fracaso”.

Terminé como si ya hubiese pronunciado el gran discurso sobre alguna de tantas políticas, y me quedé espe-

rando el resultado, que fué más brillante de lo que esperaba, pues ella contestó, chispeándole los ojos:

—Le estoy muy agradecida por su intención, bondadosa en extremo, aunque en mi país todos quisieran ser ministros, porque es entonces cuando precisamente gozan mejor de sus ocios. —Y se rió con toda la boca, añadiendo:— Y mire que al fin me he reído. ¡Qué favor me ha hecho usted! De haber estado sola, ¡quién sabe qué hubiera sido de mí! Pero ahora creo que podré ponerme otra vez los lentes claros que antes tenía, ya que no es posible ponerme otros mejores.

—Espero que pueda también eso —le dije, sintiéndome mucho mejor. Su confesión de haberle sido útil me satisfizo más que todo, pues puedo considerarme algo menos que simple carga para ella. Y el café que bebía a sorbos hasta adquirió un sabor más agradable.

A la hora de siempre recibimos el periódico, cuya lectura escuchó ella en muy buen estado de ánimo. La noticia más descollante era, desde luego, la que versaba sobre la reanudación de las relaciones diplomáticas con las demás naciones, la cual venía ilustrada con gráficas del acto solemne de la entrega de credenciales e intercambio de saludos, entre magníficos dobleces de espinazos. Por ellas pudimos ver que los embajadores de los países monárquicos llegaron vistiendo sus trajes de corte, y los democráticos usaron para esta ocasión sus uniformes de gala, todo para no desentonar dentro del ambiente renacentista que conocemos de la casa presidencial. Seguidamente informaba que, como consecuencia de lo anterior, la flota aérea militar que hasta aquí había permanecido asilada en El Salvador, se había visto obligada a regresar, habiendo sido nuevamente juramentado su especializado personal. Aquí ella creyó ver un rayito de sol, y expresó su esperanza de que tal vez en estos aviadores estaba cifrada la resurrección de los ladinos, si ellos se rebelaban en el mejor de los momentos. Y yo me cuidé de apartarla de tal creencia.

Luego fijamos la atención en los horóscopos que aplicados a las siembras y crianza de ganado ofrecían gustosos los astrólogos a los que buenamente quisieran ex-

perimentarlos. No se trataba de signos misteriosos ni de palabras cabalísticas, sino de reglas y pautas deducidas de la pura y llana observación de los astros y de la debida interpretación místico científica de sus relativas influencias sobre la atmósfera y el núcleo mismo de nuestro pequeño planeta.

En otra parte hacía referencia a las pláticas que en torno al viejo asunto de Belice se viene realizando desde ayer entre el representante de la Corona Británica y el Canciller guatemalteco, pero sin revelar mayores detalles.

A esto su comentario fué:

—¿Pensarán ahora que lo mismo que arrancarle secretos a las estrellas es quitarle Belice a Inglaterra? Y me gustaría saber en qué lengua le estarán hablando, si en cakchiquel o zutujil. —Y se rió.

—Tal vez en mam, —le dije, haciéndole coro.

—Podríamos saberlo viendo cómo se llama ese Canciller —dijo.

—Como me cuesta siempre pronunciar esta clase de nombres, suelo pasarlos por alto. Este se llama Bonifacio Quijivix Cushúm —le deletreé.

—¡Ajá!, pues es de la familia quiché, y su nombre debe pronunciarse Quijivisch, ya que en todos los casos la “x” suena como “sch”.

—Pues gracias a usted —le aseguré—, en adelante no los dejaré sin pronunciar.

En la sección dedicada a las crónicas parlamentarias, pudimos ver dos nuevas e importantes disposiciones en relación con el aspecto mental del pueblo, y en concordancia con “las nuevas leyes más en armonía con la idiosincracia del pueblo”, que refirió el Cid. Por la primera, se establecen los exámenes psiquiátricos para los que pretenden ganarse la vida como choferes, pues según recientes estadísticas, se sabe que en gran parte los accidentes de tráfico son debidos al subnormal cociente de inteligencia del pueblo, en el que se estima en un 60 por ciento los de índice inferior a 80, en vez de ser sólo un 15 por ciento como ocurre en los países normales; de manera que al que no presente una personalidad equili-

brada con un I. Q. (índice de inteligencia) mayor de 80, tal licencia le será negada. Por la segunda, se ordena la conversión progresiva de las cárceles en hospitales y escuelas para dilincuentes, los que deberán contar con sus respectivos cuerpos de psiquiatras.

Por su parte, y para remediar desde ahora la notoria deficiencia que siempre se ha registrado en las casas de huéspedes, el ministerio de Gobernación y Justicia, etc., emitió un acuerdo por el cual será obligatorio en adelante la observancia por parte de los dueños de aquéllas —los que dejan de ser dueños para ser simples administradores, pues los huéspedes son los que, en el sentido de su propio bienestar, deberán ser los considerados como dueños—, de un Decálogo especial llamado “de los hoteles, pensiones y fondas”, o sea la tabla de las diez obligaciones y deberes que aquéllos deberán comprometerse a cumplir bajo juramento, siempre para bien del pueblo.

Ella aparentaba estar atenta, pero noté que hacía poco había dejado de escuchar, como si se hubiese concentrado en sí misma. No obstante, vine ahora a leerle algunos de aquellos Edictos a los que llaman otras veces “Identificación de nombre”, cuyo verdadero significado seguía sin comprender a pesar de que su cantidad parecía ir en aumento. Este decía así:

“A este Tribunal se ha presentado doña Violeta Rodas López, solicitando se declare: que el nombre y apellidos ya indicados de “Violeta Rodas López”, “Violeta Batz López” y “Violeta Rodas Batz”, con los que es conocida por haberlos usado indistintamente en actos de su vida: y los de “María Batz”, con los que fué inscrito su nacimiento en el Registro Civil de (aquí el nombre del lugar y hasta la fecha el nacimiento) corresponden e identifican a una misma persona. Y para que toda persona que pudiera creerse perjudicada con motivo de la solicitud a que se ha hecho referencia, ocurra al Tribunal a deducir sus derechos en el término de 30 días, se publica el presente. Secretaría del Juzgado” etc.

Y este otro:

“A este Juzgado se ha presentado Angelina Marroquín Rivas solicitando que previos los trámites de ley, se declaré: que los nombres de María Marroquín Xuyá, con el cual se encuentra inscrita en su partida de bautismo, el de Angelina Marroquín Rivas, según consta en su cédula de vecindad con el cual ha sido conocida en todos los actos de su vida civil, el de Juana Xuyá, con el cual aparece inscrita en su partida de nacimiento y el de Juana Xuyá Marroquín con el cual aparece en las diligencias previas a contraer matrimonio, corresponden e identifican a una misma persona. Y para los efectos legales, se hace la presente publicación”, etcétera.

Y cuando esperaba el comentario que necesitaba por parte de ella, se levantó diciendo que iba a cambiarse de ropa para irse al mercado, porque ya era hora. Luego salió vestida de café desde los guantes, y anudado a la cabeza un pañuelo de seda verde. Y diciéndome: “Queda en casa”, se despidió.

No fué sino al quedarme solo, que me dí cuenta que había quedado como sepultado en el silencio. No era, quería creerlo, un sepulcro ordinario el mío: tal vez era uno de cristal, pero no por eso era menos sepulcro. Y me invadió una sensación de extraña angustia, como la que experimentarían no los muertos, que ya no suelen sentir, sino los enterrados vivos. Abrí la ventana, como el que levanta la tapa de su ataúd, y, tímidamente, me asomé a la calle. Los panteoneros, digo, los barrenderos seguían ocupados en su polvorosa labor de juntar basuras: nada otra cosa alteraba la tranquilidad de afuera. Cerré otra vez aquélla, y encendí el radio, como para quitarme de encima el peso de la lápida. Música de cámara inundó la estancia. Me senté a escucharla, pero al minuto mi angustiada impaciencia me obligó a levantarme y a pasearme por el hall. Me costaba trabajo resignarme a verme inerte entre cuatro paredes, y lejos de aquellos importantes debates. Preferible hubiera sido haberme ido con ella. ¿Por qué no lo hice?... Volví a recordar: “Quieres tú ser ministro y no lo eres. ¿Qué quiere decir esto?”... ¡Ah, si los consejos sirvieran también para el que los da! Pero siempre resultó más fácil hacer de maes-

tro para los demás antes que para uno mismo. Y lo que veía era que estaba condenado a permanecer sepultado hasta que ella volviera... Apagué el radio: esa música ya me sabía a un responso cantado; y seguí paseándome en el hall de este a poniente, de poniente a este, con pasos largos, y después, de norte a sur, a todo lo largo del corredor, llegando por último, cuando la tensión fué mayor, a su extremo distal donde franqueé por primera vez la puertecita de madera que, por mantenerse cerrada, había hasta hoy limitado mis pasos en esa dirección. Al trasponerla, no sin sorpresa me ví en medio de un pequeño y florido jardincito, mas no frío y carente de expresión, como son los jardines de los cementerios, sino cálido y vivificante, y tan poéticamente dispuesto que tuvo la virtud de aplacar en seguida mi nerviosa y lúgubre inquietud, cual unguento nervino. Me imaginé entonces que éste debía ser su mejor lugar de retiro para ella; y, en efecto, sorprendí en un rincón sombreado por las ramas de un abedul nacido en el patio contiguo, una silla, y sobre ella un libro que resultó ser *El Mundo del Siglo XIX*. "Aquí —pensé—, confundida con las flores que ella misma cuidaba —rosas, claveles, gladiolas y crisantemos—, con el susurro del viento y el trinar de los pajarillos en el follaje, se pondría a leer y a soñar"... Más lentamente, tendí la vista otra vez en torno abarcando todos los detalles que me rodeaban: desde las rugosidades del terreno hasta la configuración estrellada de los arriates, y hasta el pedazo de cielo que cantaba en las alturas su canción azul. Y, suspirando hondamente, me sentí revivir. ¡Oh el milagro de las flores! Ciertamente, éste era un lugar soñador... Sin pensarlo más, me puse a buscar dentro de las páginas del libro algún verso que se hubiese ella dejado abandonado. Mas, en vez de versos, encontré perfumes: el libro estaba perfumado no por las rosas, que ya se hubiera disipado, sino por las manos de ella. En esas páginas, pues, habían más que versos (¿cuándo el romanticismo pasará de largo?)... Y, sentado en esa silla, a poco me quedo soñando yo también. Pero había el temor que ella volviese y me encontrara allí, profanando tal santuario. No iba a pensar que he pa-